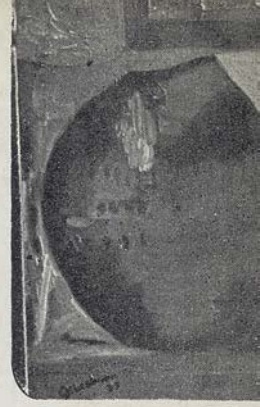

Concha Zardoya

DIOTIMA

AMBITO LITERARIO

AL

Publica aquellos libros de versos, prosa poética, novelas, cuentos y narraciones, estudios literarios así como ensayos sobre todo el campo de las Humanidades que por sus características representan una aportación al pensamiento europeo y a la literatura escrita en español.

Da a conocer obras de nuestros más destacados autores actuales con especial atención a la producción inédita en tanto que uno de los exponentes más significativos y dinámicos de la universalidad de nuestra cultura. Libros, en suma, que constituyen un instrumento valioso en la biblioteca de toda persona culta.

Concha Zardoya

DIOTIMA

AMBITO LITERARIO

AMBITO LITERARIO

(RESURGIMIENTO / LIBROS)

Dirección:

VICTOR POZANCO

CONCHA ZARDOYA

DIOTIMA

Primera edición: setiembre 1981

© Concha Zardoya

Impreso en Gráficas Diamante
Zamora 83, Barcelona-18

Edita: Víctor Pozanco
Córcega 269
Barcelona-8

ISBN 84 - 7457 - 116-2
Depósito Legal: B. 28729 - 1981

Impreso en España

DIOTIMA

DIOTIMA Y SUS EDADES

(AUTOBIOGRAFIA EN CUATRO TIEMPOS

La autora expresa su profunda gratitud a la Fundación Juan March, que le concedió una Beca de Creación Literaria (1979) para escribir este libro.

LA EDAD Y LA MEMORIA

Primitivas vivencias reconoces,
del inconsciente fondo las rescatas.
¿Concéntricas devienen? ¿Se emancipan?
¿Son tus círculos firmes, fidelísimos?

Me salvas las imágenes antiguas.
¿Recuerdas los errores, los afirmas?
¿Justificas las vidas paralelas,
su afinidad dimite al encontrarse?

¿Tu luz no da mentiras ni abstracciones?
¿Creación espontánea y los hallazgos
ulteriores recibes en tus dentros
para asociarlos, luego, voluntaria?

Tus criterios confundo y conjeturas
me parecen aquellas percepciones
de infancia y juventud, de las siguientes
edades que he vivido, fantasías.

A veces, creadora, no decantas
ni pasas por tamiz las alegrías

ni tampoco las penas ni los sueños.
Inventas las mañanas y las noches.

Corrobora el ayer lo que sentía
y al presente lo adaptas, duradero:
coinciden con un hoy que no se acaba.
¡Humana eternidad que tú me forjas!

Hay un saber latente, casi vivo,
que siempre rememoras o revives:
es la ciencia interior que se va haciendo
al paso de la vida y de la muerte.

Exacta y comprensiva, otra memoria
—intelectual y puro entendimiento—
aprehende palabras, geometrías,
espirituales actos simultáneos.

La memoria sensible es su aliada.
Sensaciones abrazan pensamientos,
las ideas se anillan corporales,
pues algo significan para el alma.

Y esta doble memoria salvadora
correspondencias urde y entreteje
pasados actualísimos, constantes,
en una sola trama refundidos.

Tú, Diotima, escribes al dictado
lo que ellas evocan: indivisa,
tu biografía surge tal espejo
en que tus ojos vuelven a mirarse.

Tus edades se enlazan, circulares:
son nuevas otra vez, o repetidas,
quizá desfiguradas, más intensas,
más pálidas aún que un sueño viejo.

Las falacias del tiempo desmoronas
y un continuo vivir se reconstruye:
meditación sin ocio, sin enigmas,
penetra la existencia en sus raíces.

La mirada hacia atrás su patrimonio
rescata de las sombras temporales:
sensibles, resurrectas posesiones
configuran, Diotima, lo que has sido.

I

GESTACION

Acaso fui fosforecencia blanca
o germen de ceniza tras el fuego,
origen del insomnio y la tristeza.

El hambre me gestó, la sed primera
del amor, de la sangre, del deseo,
abrazadas semillas de mis padres.

(¿Pasiva fue la entrega? ¿Fue sumisa?
¿Quién buscaba progenie de ternura
o proseguir las penas de los vivos?)

¿Un heredado sueño me soñaba
al arder el instante del orgasmo?
Las savias se cruzaban en mi centro.

Y, después, la tiniebla del reposo
se extendió protectora y ya cuidaba
el nacido embrión de mi existencia.

Y viví —¿sin ser yo? ¿acaso era?—
las nueve lunas dulces de mi sueño
en la sombra feliz y protegida.

Los zumos de la tierra transcurrieron
de venas de mi madre por las mías,
apenas insinuadas, transparentes.

Los rumores del mundo me llegaban
a través de tabiques abrigados.
Sinfonía inaudible fue mi cuna.

¿Qué lucidez remota su vestigio
dio comienzo larvado a la palabra
esencial que es nobleza de los siglos?

¿Lejana luz —primaria poesía—
como un murmullo o queja germinando
en el hondo vivir que iluminaba?

Esperaba mi sueño el primer llanto,
al surtir de la sombra con el grito
visceral de mi madre y ya ser niña.

O no ansiaba salir de aquella esfera,
el escondido cuévano materno
en donde era sin ser y no sufría.

NACIMIENTO

Con los ojos cerrados
—como todas las niñas—
atravesé la sombra
del cuerpo de mi madre
para buscar la luz
de una mañana clara.

Con los ojos cerrados
—como todas las niñas—
me liberté de sangres,
del recóndito plasma
que fraguó mi respiro.
Mas lloré al libertarme.

Era el llanto primero,
la primera nostalgia...
¡Esa caja vacía,
ese tibio regazo,
el más hondo refugio!
Como todas las niñas

Con los ojos cerrados
sentí el agua primera,

el bautismo del mundo,
en caricia y azote,
despertando a la vida.
Como todas las niñas.

Y mi grito indefenso
era signo esperado...
Dulce leche materna
reconcilió mi llanto
con aquel nacimiento
que no soñé en mi noche.

Y los roces extraños,
inoídos sonidos,
las luces aún no vistas,
retrocedieron lejos.
¿La distancia? Furtiva.
Todo el tiempo. Cerrado.

Y la leche manaba
disolviendo terrores
en la inédita boca.
Sin conciencia de nada.
Con los ojos cerrados.
Como todas las niñas.

PRIMER SUEÑO

Sin mirada, tus ojos
se abren a otro mundo,
deshabitado, incierto,
apenas insinuado.

(¿Recobras la tibieza
de la abrigada cuna
en donde previviste
sin dormir verdadero?

¿O nieblas instantáneas
—pañales de dulzura—
te envuelven suavemente
con maternal cuidado?

¿O intuyes esas linfas,
las algas, alimento,
la substancial semilla
que va creciendo lenta?

¿Presueñas realidades,
las claras existencias

—las voces, los contactos—
que ya irás conociendo?)

Mullido pozo, el sueño
de aguas no nacidas,
galaxias sin un nombre,
sin vedijas de nubes...

Sólo un reino sin llanto,
sin calores ni fríos,
sin el tenue recuerdo
de forma alguna viva.

Hondo cielo sin fondo
de dormidas imágenes.
Prehistoria del sueño
que soñarás mañana.

SONIDOS

Divagas por el seno de tu madre.
Claras lunas te orientan y rebrillan.
Tú quisieras alzarte hasta su boca
y balbucir «*Ma-má*».

Te acaricia la mano de tu padre
y sus ojos sonríen para verte.
Tú quisieras decirle que sospechas
quién es y que le amas.

Cacofonías torpes van surtiendo
de tu garganta virgen, inexperta.
Anhelos se convierten en sonidos
apenas modulados.

«*Da-dá*», «*Ta-tá*», «*Gua-guá*», «*Búbú*»... ¿Qué dices?
(¿Qué quería decir sin yo saberlo?
¿O lo sabes ahora, siendo vieja?)
¿Es un glo-glo del tiempo?

¿Comienzan las palabras su tormento?
¿Es su arduo expresar lo que murmuras?

¿Preguntas o bautizas realidades
que asedian tiernos días?

Sonidos entrañados, viscerales,
acosan labios, lengua, dientecillos:
aspiran a la luz, discernimiento
del entorno que acecha.

PRIMEROS PASOS

Sin agua, vas nadando
superficies que temes.
El luminoso cielo
se aleja y no te guía.

El aire te detiene,
el borde de un objeto,
lo recto, lo redondo,
el muro de los límites.

Tropiezas y te alzas
a más altura. Sigues
azares imprevistos,
semáforos distantes.

Palpando, reconoces
lo que tocaste ayer
para tu daño. Caes,
sin llorar, sin un grito.

Vacilas dos, tres veces.
Te ayudas con las manos,

con tierno corazón
que te levanta el paso.

Te distraen los brillos
de cristales azules.
Avanzas, retrocedes,
sin cansarte la búsqueda.

EXPLORACIONES

Reconoces la luz, su suave tacto,
su claridad que envuelve y acaricia.
No se hace temer como la sombra
que precede a la noche y sus misterios.

La mañana es hermosa: trae juegos
con el osito blanco o la pepona
de falda colorada y trenzas negras.
Después, las ablusiones, chapoteos.

El mediodía viene... Te deslumbra,
en tu vaso, el agua fugazmente.
La sopa no te gusta... No hacen caso.
El postre da alegría y reconforta.

Descubres una caja... ¿Qué hay en ella?
Azules sellos, rojos, amarillos,
con caras de señores muy severos,
con paisajes o máquinas extrañas.

En la mesa tropiezas con un lápiz.
Garrapateas líneas, torpes círculos,

formas que nadie entiende ni tú misma,
obtusos esperpentos, monigotes.

Exploras alacenas... Tú revuelves
lo que estaba ordenado... Ay, inventas,
a tu modo infantil, por divertirte,
un nuevo orden en medio del desorden.

Y los colgados trajes te sorprenden.
Y tocas porcelanas, figurillas...
Te interesa el reloj... ¿Para qué sirven
sus agujas que giran enigmáticas?

Progresas, cada día... Ya conoces
el más cercano mundo y no te asedia
con espantos y dudas e ignorancia.
La realidad enseña como un libro.

Vivir es explorar, un ir sabiendo
la tierra que se pisa... ¿Titubeas?
Has de asir cuanto palpas con tus manos.
El orbe de las cosas se aproxima.

Un pajarillo pía entre barrotes
—en su jaula sellada y buen alpiste.
Tú le abres la puerta, libertándole.
El revuela de dicha, en torno tuyo.

¿Qué es la libertad has aprendido?

HERMANILLO

¿La cigüeña te trajo
con sus alas al mundo?
¿De París fue la barca?

Pequeño, diminuto,
recién nacido: asombro
son tus ceras doradas.

Me acercaba a tu cuna...
Con estupor o miedo,
apenas te tocaba.

Eras frágil, rosado,
luminoso. Tu nimbo,
bajo el sol, alumbraba.

Te mecía en vaivenes
maternales, precoces,
si de pronto llorabas.

Hermanillo que anclaste
en mis brazos de niña,
sin estrella y sin alba.

Hacia el mar navegaste,
recubierto de flores,
en una caja blanca.

En el fondo del tiempo,
sin país, sin fronteras,
desnavegas la Nada.

EL VIAJERO

Estabas y no estabas... Me decían
que vendrías mañana para vernos,
que vendrías el lunes o el domingo,
en insegura fecha o mediodía,
al otro amanecer o por la noche.

Al otro mes llegabas o más tarde,
con tu cansancio a cuestas, con tu sueño,
con tus maletas grises, ¡tan pesadas!,
con polvo en tus dos ojos y en tus ropas,
con la barba crecida y soñolienta.

Venías de muy lejos... Nos hablabas
de trenes y de coches, de los buques
que llevaban al Sur y a sus inviernos.
En caballo y en mula recruzaste
cordilleras andinas, ríos, puentes.

Yo quería saber qué habías visto.
¿Era el cóndor un pájaro muy grande?
¿Cómo era el huemul? ¿Un cervatillo?
¿Crecían los copihues en los bosques
de centenarios cedros y araucarias?

Te asaltaron tormentas, aires malos.
Golpeaban las ramas y abatían.
Las grandes soledades te pesaban
en esos días sordos de la bruma.
Lo veo desde aquí, tras tantos años.

Montañas recorriste... Venas duras
de cobre mineral, salitre oscuro,
tactó sin avidez tu pulso firme.
Rechazaba la roca a quien venía
con ojos ignorantes, casi ciegos.

Nos traías regalos asombrosos...
Recuerdo aquel farol de marinero,
el olor de su aceite que alumbraba.
Recuerdo aquella brújula y su norte.
Recuerdo aquella piel de Punta Arenas...

Y nunca olvidaré aquel pianito
que cabía en mi mano y que sonaba.
Ni aquel barco de vela de mi hermano,
con su mástil airoso, con dos anclas,
con su espolón de proa y su bandera.

Tampoco olvidaré aquella serie
de cajas y cajitas orientales,
misterios olorosos, superpuestos.
Ni la sonriente *geisha* con sombrilla,
las tacitas de té que traslucían.

El tiempo descompone sus espacios,
sus fronteras levanta, padre mío.

La pertinaz memoria desentierra
de la lejana infancia tu retrato.
Viajero que te ibas y venías.

Viajero que te ibas y no has vuelto.

SOMBRA MIA

Desoías las horas, en tu silla sentada,
hilvanando, cosiendo o trazando bordados.
Se agotaban los hilos al pasar por tus dedos.
Las labores crecían en la vela nocturna.
El reloj no cesaba de girar a tu sombra.

Yo miraba tus manos... Su lección aprendía:
enhebraba la aguja con un ardor novicio,
el nudo era perfecto al final del estambre.
Y alfileres te daba con un cuidado sumo,
soslayando la punta, ocultando la herida.

También era difícil fijar esos botones
en el lugar preciso, junto al ojal abierto.
Saber unir las piezas era faena ingrata
y no menos seguir la fina y curva línea.
Los labios sonreían al alcanzar la meta.

Al principio, fue un juego: imitar divertía.
Mas después fue insinuando su verdad trascendente:
el nivel doloroso de los arduos oficios,
la fatiga y el sueño enlazados vivían.
Mi conciencia de niña, silencioso testigo.

Con mirada de hoy voy viendo las puntadas
de ayer, entretejidas a telas que se han ido,
flotando alucinadas, sensibles, sobrevivas:
se alinean en pliegues persistentes y diáfanos
que descubren mis ojos renacidos y limpios.

Desoías las horas... Yo las oigo aquí mismo.
Con tu aguja en la mano, las recoses al alma,
a todo lo que ha sido mi vida desde entonces.
Y no cesa el reloj de girar a tu sombra.
Sombra mía que es tuya, maternal y doliente.

LA GRUTA

Cruzábamos la verja silenciosa...
Recuerdo que sus goznes eran cómplices
que nunca delataban la salida
ni anunciaban regresos cautelosos.

(En mi memoria hoy su madreselva
se enreda todavía junto al muro.
Con el jazmín confúndese y perfuma
la casa en que viví mis tiernos años.)

Me llevabas contigo de la mano
y yo era feliz inmensamente.
La flor de la mañana nos abría
la dicha del paseo por el campo.

La fogata era niebla delicada.
Aquel olor a leña un gozo era
y no menos la hierba que pisábamos
al saltar el arroyo o las acequias.

Deletreabas nombres: jaramago,
la salvia, el heliotropo, el buen tomillo,

la dorada retama y el espliego,
la aromática jara reluciente...

Corría por el prado y me llamabas.
Allí, el trébol, blancas margaritas.
Cosechábamos berros primorosos,
inofensivas setas, hierbabuena...

La húmeda espesura se acercaba.
Chapoteaban los pies, agradecidos,
bordeando el manantial, quebrada arriba.
Su frescor nos bañaba entre las piedras.

Al llegar a la gruta, las orillas
abrazaban la roca, se adentraban
en su hueco profundo y sin rumores.
Un oscuro temor sobrecogía.

Si no fuera por ti, habría huido
al prado soleado y al arroyo.
Pero tú me invitabas, sostenías
mi secreta esperanza de victoria.

Al fin, sin resistencia, penetramos
en aquella oquedad y sin fisuras
la sombra se entregaba húmedamente
al aterido cuerpo y a los ojos.

Yo no sé si rezamos o soñamos.
Decía la leyenda que la Virgen
había estado allí, apareciéndose
a una niña... Quién era no recuerdo.

El sueño se confunde en la distancia
con lo que acaso fue milagrería
o campesina fábula sin tiempo,
en un lugar propicio o ensoñado.

La gruta era verdad... Y de la mano
entramos tú y yo, una mañana
de clara primavera. Allí, la sombra
nos exudaba un hálito de muerte.

DEBAJO DE AQUEL SAUCE

Debajo de aquel sauce
—allí los ojos tuyos leían o bordaban—
estaba yo escuchando tus gemidos.

Venían de la casa
con ventanas cerradas o entreabiertas.
No sabía
que te estabas muriendo, soplo a soplo.

Subterfugios trataron de engañarme.
Finalmente,
me dijo la verdad tu alcoba ya vacía.

Unos libros, papeles, dejabas por herencia.
Pero el fuego volvió aquellos bienes
que pudieron ser míos, gris ceniza,
El viento se llevó tu testamento.

Debajo de aquel sauce,
siendo niña,
aprendí el sentido de la muerte:
es hueco de una ausencia que no acaba.

MIRAMAR

Algunas tardes íbamos al puerto
a ver zarpar los barcos... Las gaviotas
anidaban en rocas sumergidas,
cubiertas por las algas y moluscos.

El muelle era muy largo, se adentraba
en la bahía abierta al gran océano.
Las olas salpicaban nuestra frente
y dejaban su sal en las pestañas.

Con nombres misteriosos o lejanos,
sin sentido real para nosotros,
las lanchas pescadoras se acostaban
en la arena dorada, rojas, verdes.

La «Dardanela» azul se adormecía
con su mástil airoso y con sus redes
en la pequeña dársena amarilla.
Izábamos sus remos con orgullo.

«Faetón» exhibía sus jureles,
sus congrios y langostas, camarones

que brillaban al sol y deslumbraban
nuestros audaces ojos con sus luces.

El litoral seguíamos, despacio,
hasta rozar la quilla del velero
que naufragó una noche de tormenta:
luchaba con el mar entre arrecifes.

¿Flotaba su secreto en la sentina
de renovadas aguas nunca turbias?
«Albatros» se llamaba: bello nombre
que aún resplandecía en su costado.

Soñábamos con él y nos veíamos
andando por el puente, recogiendo
jirones del velamen y la brújula
que el capitán perdió al ahogarse.

Los pequeños tesoros que encontrábamos,
al despertar, volvían a su mundo
de estrellas submarinas y acalefos.
Con las manos vacías, despertábamos.

Volvíamos despacio y casi tristes:
el indefenso barco nos llamaba,
sin grumetes ni velas, ululando,
cubierto de moluscos y algas negras.

EL OJO

Un ojo sin pestañas ilustraba
la primera lección del silabario.
Recordar la *o* —redonda luna
o doble sol impreso— fácil era.
Más pronunciar la *jota* —signo odioso—
era lenta labor de la garganta.
Deletrear después, ya toda entera,
la palabra del *o-j-o,* labor ardua,
nos hacía temer la gran pupila
que miraba —sin ver— nuestros esfuerzos.

Con los ojos, más tarde, contemplamos
la redondez del orbe, cada objeto,
las bellísimas formas de las nubes,
el musical temblor del alamillo,
esas ondas del agua luminosa.
Y por siempre, gozosos, bendecimos
aquel ojo primero que miraba
—dios terrible— el llanto primigenio
de nuestra vida tierna que soñaba
como tú, abnegada y dadivosa,

LA VOZ DEL PIANO

Aquella voz sonaba
no sé dónde.

No era voz doliente
ni gozosa.

No era voz humana
ni de pájaro.

Venía desde lejos...
Se apagaba.

Mas, después, dulcemente,
renacía.

No era una canción
inefable.

Apenas un murmullo
sin palabras.

«*Un piano que alguien toca*»
—me decían.

Yo no olvidé la voz:
hoy la sueño.

FANAL

Una noche de mayo
descubrí
la luz de las estrellas.

Y fue como haber visto,
milagrosa,
la misma luz de Dios.

Y luces y más luces:
más estrellas,
brillantes, consteladas.

El cielo parecía
el fanal
más alto de la iglesia.

Y mis ojos prendidos
se quedaron
a esas luces remotas.

La noche no fue noche:
un fanal
de luminarias vivas.

LA CAVERNA

Humilde, sin historia, piadosísima,
con manos laboriosas, no cesabas
de dar tus nobles dones al silencio.
los oscuros trabajos, bien de todos.

Casi furtivas, dulces, tus dos manos
despertaban la casa: tus faenas,
discretas, ordenaban nuestra vida,
el ritmo de los días y mañanas.

Yo podría nombrarlas una a una,
enunciar sus horarios y sus signos,
santificar su esfuerzo o su ternura,
bendecir sus acciones y evocarlas.

Tus quehaceres sencillos, cotidianos,
se repiten en todos los hogares
con puertas y ventanas que se cierran
al exterior bullicio de las urbes.

¿Para qué mencionarlos? Son de todas
las abuelas de ayer... Mas pocas eran

como tú, abnegada y dadivosa,
amiga de tus nietos, más que madre.

Nos enseñabas juegos y oraciones
con terca seriedad o con sonrisas.
Lo que más nos gustaba eran cuentos
que aprendiste de niña en tu Montaña.

En ellos descubrimos, inocentes,
el valor de las cosas, de los hombres,
raíz de honestidad y transparencia...
Se callaba tu voz cuando dormíamos.

No sé cómo encontrabas las palabras
para hablar de un naufragio en la galerna
y de aquel marinero de tu Villa
que a unos niños salvó de la serpiente...

Nos contabas la saga de Brabante
—la triste Genoveva conmovía
hasta hacernos llorar. Nos la narrabas
con temblorosa voz en tantas noches.

¿No oigo su murmullo? Nos separan
abriles idos, cielos cenicientos,
la colmada riqueza del verano,
las antiguas herencias del otoño.

Sus efímeros ecos se extinguieron
en el foso del tiempo, siempre sordo.
Tu anciana voz, abuela, como piedra
se sepultó en el agua sin salida.

Tus manos no la salvan ni las mías.
La caverna es profunda y su distancia
se hunde, soterraña, en el pasado
que tú ni yo jamás rescataremos.

SIETE NANAS PARA MI MISMA

1

CUANDO LLORABA

Cuando lloraba
por hambre,
por sed,
porque llovía
dentro de mí,

me amábais
dos veces.

Cuando lloraba,
yo lo sabía:
me amábais dos veces.

2

NIEBLA

La niebla entristece
a todos los niños.

Los juegos, adentro.
Por fuera, llovizna.

La niebla es un llanto
que moja sin lágrimas.

Me gusta la niebla
que entra en puntillas

y juega en silencio,
conmigo, a reirnos.

3

NADIE

Camino montañas
desnudas, sin nadie.

Me escondo en castillos
que no habita nadie.

Y soy avecilla
sin saberlo nadie.

La luna, vacía,
me espera sin nadie.

Allí, las palabras
dialogan con nadie.

4

AMANECER

La bola de fuego
ya salta los montes
y todos los árboles.

Los pájaros siguen
su luz y su rastro
de flores rosadas.

Su oro difuso
requema la frente
sin clara ceniza.

La bola quisiera
jugar en el prado
con niños pastores.

La bola ha caído
en medio del río.
¿Rebota? ¿Naufraga?

¿El sol, en el agua?
¿Nadando en el cielo?
¿Es sólo un fantasma?

La bola de fuego
se pierde, rodando,
por tierras sin nombre

5

LOS COLORES

Me gusta el color blanco
de la nieve,
esas flores que caen
en los días de invierno,
esas blancas montañas
que formó la ventisca.

Me gustan los azules
de ese cielo
que miro tantas veces:
su celeste más pálido,
su cobalto, su prusia,
instantánea belleza.

Me gusta el suave verde
de los céspedes
y ese verdor profundo
de los árboles viejos
que saben protegernos
de todas las tormentas.

Me gusta el amarillo
de las playas:

sus alzadas almenas,
sus inseguros puentes
que las olas derriban
al llegar la marea.

Me gusta el rojo intenso
de las hojas
cuando el otoño viene:
aunque asusta su lumbre
y el ardor de su fuego
que estalla crepitante.

Me gusta el color púrpura
y el violeta
de atardeceres únicos,
el obispal cantueso,
el fucsia que sonroja
y que también consuela.

Me gusta la ceniza
de la niebla:
ese húmedo polvo
adherido a los ojos,
al cristal de noviembre,
a la hondura del sueño.

Y hasta el negro me gusta
de los mirlos
que rebrillan al sol
en todos los veranos.
Y las cuevas oscuras
que resguardan ovejas.

6

MUÑECA

Sus ojos
no miran,
inmóviles.

Su boca,
cerrada,
silente.

Dormida.
Despierta.
Dormida.

No anda.
No llora.
No canta.

Desnuda.
Vestida.
Descalza.

En ella,
costuras
ensayas.

Imagen
de niña
pre-viva.

Imagen
de niña
pre-muerta.

7

LA NOCHE

«*Duérmete*» —dicen
los que no duermen.

Se abren las sombras:
sus brazos te mecen.

Las aves del sueño
en ellas se ciernen.

Tus ojos, despacio,
a un pozo descienden.

Los pájaros, hondos,
tu sueño protegen.

Dormida, te salvan
de voces que temes.

Dormida, la noche
te vela sin verte.

KINDERGARTEN

La mañana llegó sin saber cómo...
Una suave alegría con dulzura
—suave sol de septiembre en la ventana—
llegaba al corazón secretamente.

La calle, para mí, era un camino
que a un novísimo mundo conducía.
Mi paso era ligero, casi alado,
y todos parecían saludarme.

Con temor unas niñas traspasaron
la puerta del colegio: separarse
no querían de madres o de abuelas
y lloraban a gritos o en silencio.

Mas yo crucé el umbral... Es indecible
narrar aquel minuto de mi infancia.
Sólo sus vagas lindes hoy recuerdo:
la novísima dicha irrepetible.

Levitaban las niñas a mi lado.
La bienvenida daban vocecillas

cristalinas y puras, amigables.
La ventura creaba su horizonte.

Inserta ya en un mundo que acogía,
circular y armonioso, transparente,
descubrí un gran árbol, su ramaje
amparador, su fresca sombra múltiple.

Y entramos en la clase luminosa...
Los bancos y pizarras atraían.
Aquella blanca tiza iluminaba
al trazar los perfiles de las letras.

(Todo era familiar, ya conocido
en otra edad vivida sin recuerdo:
antiguos sedimentos revivían
en invocadas sílabas presentes.)

Y la mañana clara, duradera,
rehusa a no ser más: la lección sigue
y no se acaba nunca la sonrisa
de los primeros labios que enseñaban.

La prodigiosa vida se desborda
de aquel delgado límite del tiempo:
la mirada interior ya sobrepasa
aquel sol de septiembre indeclinable.

EL BAILE

El año terminó. Había premios
—medallas y diplomas, también libros—,
las menciones honrosas, los elogios,
presagios de futuro, despedidas...

Y todo se cerraba con un baile
de disfraces y máscaras. La escena,
iluminada apenas, era un mundo
en que niños y niñas confundíanse.

Detrás del antifaz, nos escondíamos:
adivinar el nombre de quién eras
al compás de miradas, de la música,
enredaba los pasos de la polca.

¿Tal vez era un minué? Todo es posible.
Aquella ronda verde se trenzaba
y destrenzaba sola su guirnalda
de arlequines, payasos, colombinas...

En círculos, la ronda iba tejiendo
sus figuras sutiles, combinaba

reverencias tardías, cabelleras,
accesibles sonrisas, impaciencias.

¿Quién eres tú, dorado reyezuelo?
¿Quién eres tú, pirata de los mares?
¿Quiénes son esas niñas-girasoles?
¿Reconocéis alondras y libélulas?

Inútil acertijo: no descifras
la vida que reluce interiormente
detrás de un antifaz, de una careta
que puede ser el sueño de mañana.

Los pasos del minué o de la polca
unían, desunían los disfraces,
colores y tocados, aderezos,
en un compás de fiesta ya distante.

El baile de los años, más, más tarde,
nos separó... El *otro, cada uno,*
se creó su disfraz de cada día
o su propia verdad al ir viviendo.

La mirada hacia atrás ya reconoce
al pierrot de tus sueños: con su traje
de luna transparece en arrabales
que no has pisado nunca ni soñado.

EL JUGADOR

No podías asir esa forma del día
ni el sopor de las horas. Ni el instante del gozo
vibraba en el suspenso ya táctil de su gloria.

Los muros se escapaban de sus sillares pétreos
por el tiempo trazados sin umbral ni memoria.
Cerrabas las ventanas sin ninguna nostalgia.

Pues las diarias acciones pasaban hacia dentro:
al andar arrastrabas la inanidad de todo,
el rutinario afán de malgastar la vida.

Sobrellevando culpas, leyendas no soñadas,
inventaste huidas a orbes sólo tuyos.
Fabulabas historias sin fracasos del héroe.

Y en oscuras farmacias, en hondos sotanillos
jugabas, padre mío, a los dados o cartas.
Un destino invocabas, en tus dedos, absurdo.

Los reyes y las sotas, en pálido silencio,
pasaban por tus manos en danza sin fortuna.
No retornaban nunca los fugitivos ases.

El humo te envolvía... Nebulosa impasible
negaba la existencia del día y de sus límites.
Y tus miopes ojos no borraban la niebla.

Tu incansable paciencia otra vez aguardaba,
otra vez ensoñaba esos hados benignos,
esas cifras astrales de la suerte remisa.

Y las noches se iban, circulares y lentas,
en el aire pesado que jamás transcurría.
En el alba tus ojos arrastraban cansancio.

Y la casa esperando que tus pasos volvieran,
al abrirte su puerta, en su paz se dormía.
Con el sueño de todos abrigabas el tuyo.

PRIMERA SOLEDAD

El oro de la infancia, de pronto, se obscurece.
Y la mañana clara no vibra como antes
en tus ojos de niña.

Las horas te humedecen el alma, los cabellos,
el fondo de tu ser y casi, casi lloras,
mirándote por dentro.

Sientes crecer el tiempo ya fuera de tu infancia,
como un árbol que eleva su ramaje más joven
a otros cielos más altos.

Oscuridad pequeña que invade tu inocencia,
sin testigos, abrupta, el corazón te daña
y, densa, va creciendo.

Nadie ha visto que sufres: la vida se revela,
de pronto, como algo profundo, sólo tuyo,
aún indescifrable.

La soledad primera te prodiga su amparo
pues se sacia en sí misma: atardece y es noche.
En su reino, amanece.

II

COMO UN TRAJE GASTADO POR EL USO

«...hace poco tiempo fui a quitarme la infancia como un traje usado».

JULIO CORTAZAR

Como un traje gastado por el uso,
que has llevado al desván,
olvidas ya tu infancia sin saberlo.

Y cada fibra azul va dando polvo
al polvo de los muebles,
en imprecisos años confundidos.

¿Cuál es el traje nuevo que te espera?
¿De qué color presume?
¿Cuál es su joven garbo? ¿Te sorprende?

¿Avergüenza su hechura? ¿Transparenta
las formas que se asoman
vagamente al asombro de tus ojos?

Disciernes toda tú un alma nueva,
que un cuerpo nuevo crece,
esbelto como un árbol, casi etéreo.

La plenitud primera va imponiendo
su sello irrevocable:
ya te conforman rasgos vegetales.

Tu corpórea materia ya la sientes,
intacta, sustantiva,
y sus raros anhelos y sapiencias.

La nueva condición se yergue viva,
sin diferir extremos,
raciocinios, unívocos vigores.

Los tiernos años, trajes que no usas,
se olvidan o se evaden
a un oscuro desván deshabitado.

Irrumpen días nuevos, absolutos.
Y una nueva conciencia
proclama sus poderes intangibles.

EL NADADOR

Trasnadabas el agua bajo el puente
—ilusorio delfín para mi sueño—,
sus engañosos arcos, arrecifes,
alzados rompeolas de la orilla,
La victoria asediabas, obstinado,
y alcanzabas la meta sonriendo.
Jovencísimo dios me parecías,
dios marino que nunca naufragaba.
Al dorarse, tu torso relucía
en aquel litoral de adolescencia.
Vigilantes, las olas resonaban.

Nos retrataron juntos... El retrato
se ha perdido en el mar que nos separa.
¿Trasnadando, lo buscas bajo el tiempo?

LA ADOLESCENTE

El tímido silencio salvaguarda
los latidos del frágil corazón
que dentro se apresura,
si has de saludar o dar la mano,
si has de balbucir los «buenos días».
Y se enredan tus pasos al marcharte
del aula, del salón, de cualquier calle.
Un rastro dejas ¡ay! de desencanto,
de lo que pudo ser y no fue nunca.
Desdibujarte quieres o exhalarte
a una nube fugaz inaprehensible.

Mas valientes impulsos, otras veces,
te llevan a cantar en descampado,
a decir a los árboles
que los amas, si pisas alamedas.
Te gustan ver los círculos del agua
que han trazado tus dedos distraídos.
Y corres por el parque desechando
que alguien pueda, irónico, burlarse.
Imaginas que el aire va siguiendo
tus pasos indecisos o seguros.

A ensimismarte vuelves y te adentras
en tu íntimo ser tan desvalido,
en tu pobre confianza.
Y retorna el temblor si te acarician
con besos, con abrazos, con palabras
de amistad o ternura generosa.
Algo duele por dentro suavemente.
También es dulce gozo que te invade
sin saberlo tu pecho ni tu frente.
Y vuelves al silencio que te escuda.

EL GRAN VIAJE

Y mis padres sintieron la llamada
de la nueva República.
Y yo sentí, filial, que mis raíces
buscaban vieja tierra y nuevos aires.

Y cruzamos océanos... De lejos
nos decían adiós las cordilleras,
los valles y las costas alargadas,
aquel último puerto del salitre...

Al navegar veíamos saludos
de junglas tropicales —que agitaban
sus arbóreas banderas espesísimas—,
del itsmo panameño con sus saurios.

Una mañana densa recalamos
en isla del Caribe donde el plátano
cedía sombra y fruta al extranjero.
Sonreía el nativo al ofrecerla.

La ancha mar extendía su horizonte
a los ojos ansiosos de llegada,

mas ávidos también, aventureros,
de navegar sin rumbo y libremente.

Los días se enlazaban sin contarse,
mirando desde popa aquella estela
que más nos alejaba de una tierra
y a otra nos unía fatalmente.

Maravilla profunda, cada noche.
La Cruz del Sur flotaba sobre el agua.
Alumbraban, después estrellas nuevas
el vasto contemplar de nuestro asombro.

Las submarinas cuevas atraían...
¿Galeones, cautivos para siempre,
anclaban en sus criptas de corales?
¿Las oscuras corrientes libertaban?

Las historias del mar transparecían
sus ficciones sin tiempo —Julio Verne,
Salgari, Luigi Motta, Joseph Conrad—
y en la borda soñábamos sus héroes.

(Viejo légamo gris va remontándose
a la memoria viva. Viejas páginas
en el mar del recuerdo sobreflotan
y salvan navegantes extraviados.)

Tras cruzar el océano, la tierra...
¡Tierra de España! ¡Cádiz luminosa!
¡Y el otro mar —el Mar Mediterráneo—,
nombrado tantas veces desde niña!

Desconocidas lágrimas de júbilo
brotaron de nosotros hacia dentro:
un abrazo de llanto nos unía
a la patria del alma y de la sangre.

EL TALLER

El olor de madera te envolvía:
de castaño, de pino resinoso,
de montañero roble ya sin hojas.
Incesantes martillos resonaban
cual música de fondo... Tú pintabas
al ritmo que el taller te iba marcando.

Y pájaros, cabezas, procesiones,
guirnaldas, angelotes y grutescos
salían de tus manos, se posaban
en el blanco papel que se extendía
para ser pergamino de una lámpara
y más tarde brillar en casas prósperas.

Te gustaba el taller y sus trabajos,
las artesanas obras en que todos
ponían su sapiencia y largo oficio.
Te gustaban los cantos materiales
que surgían de muebles e instrumentos.
El taller era esfuerzo solidario.

Subías la escalera de aquel sótano
con los ojos cansados, con oídos
casi sordos, llagados por el ruido.
El árbol de la calle suavizaba
con su sombra y su paz aquella fiebre.
La luz solar y el aire daban dicha.

Había que volver, seguir pintando
muebles nuevos con pátina de viejos.
Los isócronos golpes que ensamblaban
—con vahos de barnices y de óleos—
las sillas, las consolas, sabiamente...
La música de sierras y de escoplos...

Volvías a subir los escalones
con el ansia de luz en plena frente.
Esperaba el buen árbol con su fronda
y todos sus hermanos en la calle.
Otros ruidos venían a agredirte,
mas la luz confortaba en las aceras.

EL ALBAÑIL

Y fuiste un albañil, un ángel blanco
en los altos andamios, entre nubes,
serones de cemento y de cal viva.

(Barrías calles —antes— o jardines,
en viveros cuidaste de semillas
y arbolitos regabas con ternura.

El hambre y la miseria gobernaron
con sus tristes azares el destino
de nuestro pobre clan sin pertenencias.)

Ladrillos y ladrillos, uno a uno,
tu mano colocaba en línea recta
y vertical ascenso geométrico.

Imaginarios ángulos trazaba,
imaginarias cúpulas y arcos,
tu fracasado sueño de arquitecto.

Con húmedos cabellos muchos días
llegabas a la casa también húmeda,
sin brasero ni lumbre que acogiera.

Volaba tu blusón al ir izando
las gigantescas vigas en poleas
que chirriaban sinfónicas al viento.

Una mañana vi que te asomabas
a un ventanal sin marco ni cristales
para mirar el vuelo de vencejos.

Y la guerra, más tarde, derribaba
los altos edificios, los andamios...
Los blancos albañiles fue llevándose...

Y con ellos te fuiste a las barandas
que destruyó la muerte, leño a leño,
sin decirnos adiós ni despedirte.

TUVISTE QUE ENSEÑAR A PARVULILLOS

Tuviste que enseñar a parvulillos,
a niñas que contigo la aritmética
aprendían contando con los dedos,
geografía de Iberia, rudimentos
de ciencias naturales, lengua gala...

El colegio era frío y nada alegre.
Por agrietados vidrios penetraba
guadarrameño viento y la llovizna
al leer la lección y al escribirla,
al recitar los versos infantiles...

Yo les daba recreo y de la mano
saltábamos, sí, juntos, calentándonos.
Aquel ballet de risa divertía
al exhalar su polvo la madera
gastada por el tiempo y la carcoma.

La pobreza reinaba en nuestros trajes
—etéreos, vagorosos por el uso,
con discretos zurcidos y otras trampas—,
en deformes zapatos la tristeza
recogida en la calle sin asfalto.

Había pocos libros... Les narraba
de viva voz historias del pasado,
tradicionales cuentos y romances
que en baja voz cantábamos a veces.
(«*¿Ha subido a la nave el Conde Arnaldos?*»)

La suave disciplina daba forma
a las pequeñas vidas que crecían
en humildes hogares madrileños.
Soñar su florecer me consolaba.
¿Han florecido ya o se han secado?

¿En qué huerto del mundo han frutecido
aquellas raícillas que cuidaba
con tierno amor mi pobre magisterio?
¿En qué arrabales viven o premueren
entre hijos o nietos enfermizos?

Aún recuerdo nombres, caras dulces,
expresiones difusas, transparentes,
el color de unos ojos... Todavía
me atrevo a recordar aquellos niños
que en barrio pobre amé ya para siempre.

CREDO, UT INTELLIGAM

Para entender la vida
has de creer en ella.

Desde dentro, su luz
nos da toda su ciencia.

De sus savias centrales
emana la certeza.

Buscándonos el pecho,
trasciende verdadera.

Apuntando a la frente
y a la brizna de hierba.

Sólo basta que creas
cuando palpes la tierra.

Y todo el universo
vivirá en tu creencia.

A FABRICARTE EL ALMA HAS EMPEZADO

Tu juventud avanza febrilmente
y en su arduo vivir no se detiene.
Recose, laboriosa, el cañamazo
de angustias y deberes incesantes.

Valerosos o tímidos, tus actos
van tejiendo la urdimbre que se ahonda
y toca el corazón, su vida íntima:
a fabricarte el alma has empezado.

No desgastan los días los cimientos
de lo que sueñas ser mañana, siempre.
Has dibujado el plano de la torre
a donde subirás para asomarte.

Los pequeños dolores son los tramos
que ascienden silenciosos: los remontas
muchas veces, cansada y lentamente.
El inmenso universo es tu horizonte.

CON TU PEQUEÑA LAMPARA DE ACEITE

No anhelas preeminencias ni alta estima
interior que tus pasos ilumine.
Honrados, verdaderos actos tuyos
que a ningún ser defrauden, tú procuras.

O probidad soñada que has ganado
en humildes quehaceres, es tu círculo
de esfuerzos cotidianos que te ciñen.
Ganar confianza quieres para todos.

Bizarrías ni falsos testimonios
trabajarán por ti ni por tu nombre.
No menoscabarán detractaciones
esa razón moral de la existencia.

¿Criatura de Dios o social ente
que aspira, fidedigno, a ser honesto?
Ni afanes ni arrogancia desmedida
han de guiar tu vida al ir haciéndola.

Modesta y generosa la profunda
intimidad del alma: tú veneras

el lento progresar hacia los dones
que debes merecer día por día.

Despiértate, levántate, camina
con tu pequeña lámpara de aceite
—no descuides su llama delicada—,
por la noche del tiempo misterioso.

Y CRUZASTE LA PUERTA DE AQUEL MUNDO

Y cruzaste la puerta de aquel mundo
que se abría ante ti, desconocido...
Con tu júbilo íntimo llegabas,
también con tu temor y tu paciencia
de ignorante novicia sin convento.

Entrabas en las aulas vacilando,
mas con ansia y ardor que no entendías:
alucinado ímpetu exaltaba
supralógico afán de iluminarte,
excéntrica ansiedad de tu conciencia.

Sin timidez esquiva en el asiento
alzabas tu mirada, escuchando
con transportado oído y reverencia
al viejo profesor irreverente,
al filósofo ilustre y al poeta...

Lecciones filológicas, latines,
el griego de Tucídides e Isócrates,
mi pasión agitaban, consumían
mis horas y el sosiego devoraban
con transportes de éxito y fracaso.

Después, las bibliotecas... Combatía
con gruesos diccionarios, en batalla
de raros aoristos y pretéritos,
las formas perifrásticas, pasivas
voces y arcaicos términos bellísimos...

Sistemas antagónicos, doctrinas
disputaban en mí sembrando dudas:
semilla de verdad en todo había,
contradicción también, también misterio...
Yo buscaba la luz en las tinieblas.

A veces, los conceptos eran frágiles
subterfugios, sofismas... Tú querías
resolver ecuaciones, las incógnitas
del Tiempo, de la Historia y de la Vida,
con visionarios ojos ¡ay! platónicos.

Descansaba tu mente si salías
a mirar las montañas con su nieve,
los árboles desnudos... Comprendías
el fraterno mensaje que enviaban
al corazón sensible, sin palabras.

La puerta estaba allí para que entraras
al angustioso reino de la duda.

LOS NOMBRES

Al caminar, hablábamos
sin mirar al paisaje
por mirarnos los ojos.

Las fechas de los días,
las montañas, los árboles,
eran sombras de sombras.

En un solo camino
se hallaban las miradas,
las voces, frente a frente.

(*«Que si Platón, si Sócrates,*
si Manuel Kant, si Hegel,
si Unamuno y Ortega...»)

Anhelos simultáneos
—anillos de ternura—
nuestras manos unían.

(*«Que si Fray Luis y Lope,*
Calderón o Quevedo,
que si San Juan, Cervantes...»)

Los nombres se evadían
—y también la arboleda—
por mirarnos los ojos.

Al preludio amoroso,
con temor inocente,
amistad lo llamábamos.

Y los nombres volvían
—por querer ayudarnos—
al discurso dialéctico.

(«*Miguel Angel, Velázquez,*
Beethoven, Picasso,
el gran Shakespeare y Hamlet...»)

Mas los ojos, constantes,
se miraban de nuevo
y borraban los nombres.

ELEGIA A UN JILGUERO

Como una llama eras de alegría
que despertaba el sol amaneciendo,
delicado saludo melodioso,
grácil forma en su jaula de madera.

Tus acrobacias, dentro, resumían
la delirante dicha de la vida.
Tu claro picoteo concertaba
instrumentos melódicos y claves.

Revolabas, a veces, libertado,
entre sillas y mesa y entre libros.
Vaivén acompasado el de tu vuelo
en la pobre heredad de aquellas horas.

Y, después, te posabas en mi mano:
me dabas suavidad y compartías
la miga de mi pan y la tibieza
que hallabas en mis dedos cariñosos.

Tu trino iluminando aquellos muros,
daba su luz al alma, reluciente:

era emblema de amor y denegaba
la sordidez del tiempo y su gris polvo.

El azar del olvido con el cierzo
—noche aciaga sin luna— fue quemando
tus alas y tu suerte, dulce pájaro:
enmudeció por siempre tu garganta.

Sin música la casa, bajo el hielo,
te lloraba en silencio y apagada.
Aún te llora hoy en mi recuerdo
y el corazón trasvuelas de una lágrima.

CONOCIMIENTO

Peldaño tras peldaño vas subiendo
al vasto conocer... Sus escalones
te dan patentes signos que tú entiendes
con torpeza inicial y su sentido
se escapa como el agua por tus dedos.
Después, los interpretas: qué designan
pareces comprender pues ya desvelas
valores más profundos, ¿primordiales?
Justificas el ser. ¿Significable
es su virtud, esencia anticipada
de todo fundamento y perfección?

Tu alma se proyecta a cada objeto
que alcanzas con las manos, con los ojos:
su color aprehendes, su tamaño,
su suave piel, corteza que acaricias,
la transparencia suma si es de vidrio.
Su peso ¿importa algo, si lo alzas?
Su intimidad se oculta a la mirada.
¿Desistes de tu empeño? Nuevamente,
indagan tus sentidos amorosos.
Afinidades, vahos, aproximan...
Duradera amistad se va insinuando.

Nuevo escalón asciendes... ¿O desciendes
al interior que buscas o presientes?
Subidas y bajadas son avances
en todo conocer enamorado.
Ansía lo que es hondo, si traspasa
las obvias superficies corporales
y los claros sistemas que traslucen:
ese noble fervor que no relumbra
—hincado en las raíces del espíritu—,
ese común destino de la vida,
ese común destino de la muerte.

LA VERDAD

Interpenetras seres, pensamientos,
el hondo conocer y los objetos
que existen en el mundo, dentro y fuera.
Legitimas aspectos, notaciones:
concuerdan, adecuados, en su centro.
Y validez confieres —¿absoluta?
¿circular? ¿relativa?— al universo
por tus ojos sapientes traspasado.
Habría que imitarte al ir palpando
las cosas sopesadas y el entorno
reconocer sin dudas ni ignorancias,
sin la niebla del sueño o del engaño.
Y así mis ojos miopes se aproximan
al oro verdadero: no reluce.
Distanciados, acaso es oro falso.
¿Acaso es dorada lentejuela
de aparecer efímero? ¿Rebrilla?
Intermitentes ascuas preanuncian
el corpóreo filón que aún se oculta.
Profunda, soterraña, limpia veta
resplandece, interior, y aún trasciende
iluminando el alma toda entera.

He de cavar, paciente, sin cansarme,
como el minero cava bajo tierra
tras el filón purísimo que huye.

DIOS DE LIBERTAD

Una herencia cristiana dejaron mis abuelos
en la antigua casona de Navarra,
lavada por el Ebro en sus cimientos.
Y en albos caseríos montañeses
la omnisciencia de un Dios que los veía
con ojos bondadosos, compasivos.

El trabajo, el amor, también el sufrimiento
entretejían vínculos, raíces
de vieja potestad inmemorable.
Las rebeldes acciones prohibía
el hondo sedimento de la casta,
el roble de Cantabria y de Guernica.

Mas cambiaron los tiempos, los hombres y el legado...
Los hijos se alejaron de la tierra,
vieron nuevos países trasatlánticos,
verdes valles franceses y viñedos.
Forasteras ideas conquistaron
vida nueva y abrieron nuevas sendas.

Y nacían los nietos en regiones distantes...
Bajo nuevos supuestos cada vástago

gobernó su existencia, conducida
por un dios personal o regla agnóstica,
intuitivos principios de conciencia,
la experiencia sensible de lo vivo.

Joven ramilla, tú, de vieja cepa cántabra,
te afanabas sin calma en la búsqueda
de esa Causa primera y eficiente,
de ese espíritu puro e inefable.
¿Acaso era Dios su propia causa?
¿Productor de sí mismo? ¿Ley abstracta?

A veces te creías panteísta, sumiendo
a Dios en los paisajes que tú amabas,
en ese devenir de todo el Universo.
¿Le pensabas cual suma de las leyes,
de todos los valores? Te gustaba
llamarle Dios de Amor y de Justicia.

¿Era padre amoroso? ¿Legislador supremo
y juez del bien, del mal, de los humanos?
Y la idea de Dios se revestía
de perfiles fantásticos, poéticos:
sentimentales formas encubrían
su grandeza. ¿Un Dios era existente?

Y le creabas tú... ¿A quién se parecía?
¿Su imagen el espejo antropomórfico
—el ser, el conocer, la vida toda—
en íntimo silencio reflejaba?
¿Sus antinomias eran comprensibles?
¿Tu Dios unificaba los contrarios?

Fue calmando su sed el alma, finalmente,
de Dios y sobrevida. Claras huellas
de su bondad hallaba en la hermosura
y clara maravilla de los orbes
—contingentes, reales—, trascendiendo
libertad creadora y necesaria.

MELODIA

Las notas, una a una, te dibujan
y conforman tu ser. No existirías
sin ese florecer de los sonidos
que tu granado fruto va colmando.

Individuales sones —*do-re-míes*—
ondulan por el aire: te dan vida.
Y todos te sostienen, agrupados
en libre orquestación y concordancia.

Silentes, sorprendidos, escuchamos...
Un don comunitario se revela,
estremeciendo el alma hasta sus ápices.
El *fa* y el *sol* alcanzan ya la cima.

Después de ti, la nueva frase viene,
la nueva suma acústica que llega
a completar la onda melodiosa:
transfigura el ritual, reconciliada.

Y casi huele a incienso o se ilumina
el ciego corazón y se acompasa

al repentino gozo que lo invade:
un soñado convivio nos reúne.

La nota sola piérdese en la nada.
Tú, melodía pura, la socorres:
suavemente la guías hacia otras
que aceptan compañía, fraternales.

Le quitas soledad, le das familia.

LA FELICIDAD

¿Es placer? ¿Es riqueza?
«*Supremo bien del hombre*
—afirman los filósofos—,
su último sentido».
¿Acaso es la virtud,
total conocimiento,
el amor entregado?
—el alma se pregunta.
¿Sólo es feliz quien ama?
¿Destino concedido
por Dios o por los dioses?
¿Es fruto del esfuerzo
que cesa con la muerte?

Tras meditar, aceptas
una verdad pequeña:
a perfección aspira
su transparente júbilo
que nace de la vida
y su clara conciencia.
Y es cristal que se rompe
con el soplo del aire.

Y LA GUERRA LLEGO

Y la guerra llegó... Los fratricidios
colgaron de los muros sus crespones.
Las ciudades y campos, anegados
por la sangre y el llanto, desvivieron.
Los bisoños soldados, casi niños,
qué frontera pisaban no sabían.
¿Dos Españas? ¿En cuál estaban ellos?
¿Habían de matarse ciegamente?
¿El padre contra el hijo o viceversa?
¿En dónde quedarían sepultados?
¿En tierra de Caínes o de Abeles?
¿En el predio de nadie, con ortigas?

Y lanzaban granadas, se escondían
cual alimañas casi, en trincheras
o casas derruidas... Desde el cielo
llovía la metralla y esparcidos
yacían bajo el polvo sin un nombre.
¿Quién era el enemigo? Cada rostro
se parecía a otro, su mellizo.
Acaso el mismo pueblo vio sus juegos
al salir de la escuela, siendo párvulo.

Tal vez los bautizara el mismo párroco
y fueran monaguillos en la misa.
Quizá los engendrara madre idéntica.

Y mi hermano cayó —mi rama única—
en aquel mes de Julio, cercenados
sus veinte años puros, transparentes,
por aquel viento negro que barría
las ciudades y aldeas con su furia.
Una bala —¿de dónde?—, sin presagios,
sus sienes flageló... Su calavera
perforada yo vi en nueva tumba,
tras dos lustros de muerte y de silencio.
Mis conmovidos ojos retuvieron
aquella imagen suya para siempre,
grabando sin olvido su memoria.

Al salir de la tierra exhumabas
el vaho de sus sábanas: Diciembre
con su frío y escarcha recibía
tus huesos, desde dentro, ya amarillos,
joven mártir del odio irrefrenable,
de la aciaga injusticia y del oprobio.
Con tu final desnudo me enseñaste
los últimos harapos de los hombres,
la última verdad de la inocencia
en ceniza y en musgo convertida.
Mas no había blancura —¡tan soñada!—
en aquel desentierro de tus restos...

(La experiencia narré en versos jóvenes
que alguien acusó de tremendistas.

La realidad, a veces, nos engaña
con sus atroces cuadros o fatales
epílogos: simulan malos sueños,
hipérboles o símbolos, metáforas
de poetas románticos que vuelven
a hablarnos de los muertos y sus fosas.
Garcilasismos plácidos reinaban
en marmóreos sonetos artesanos.
El dominio del llanto se negaba
en deleitosas rimas clasicoides.)

Todos fuimos soldados o sus víctimas,
empuñando fusiles, herramientas,
el arado, la pluma, los pinceles...
Acribillaba el hambre sin sorpresa
y casi sin dolor se agazapaba,
hirsuta, desbocada, con el miedo,
con el valor de todos, cada día.
El corazón hallaba su refugio
en remota esperanza sobreviva.
Uníamos las manos en la noche
de angustioso pavor: nos transmitíamos
la ilusión de vivir una Paz Justa.

AMOR EN MEDIO DE LAS RUINAS

Eran días de guerra, crueles días
erizados de balas y volcanes.
Las llamas calcinaban corazones,
el dintel familiar y subterráneos.

Debajo de maderos nuestras vidas
se hallaron entre libros cenicientos
y requemadas páginas oscuras.
Un carcomido muro protegía.

Temblaron nuestras manos al cruzarse
sobre un montón de escombros... Gravemente
tus ojos y los míos se encontraron
en un punto de luz que traspasaba.

Los dones naturales recordamos,
esa loca fragancia de la tierra,
los naranjos en flor y los jazmines,
las rojas amapolas entre espigas...

Antiguas primaveras retoñaban
esperando la paz y la alegría,

al hablar en susurro, con vergüenza,
en medio de las ruinas y su polvo.

Mas ramos de silencio apagaron
aquel soñar distante... Su vacío
flotaba por encima de la broza
insepulta, velando la mirada.

Era el inmenso invierno de la guerra,
con sus talados bosques, territorios
heridos y con llagas, sin cosechas.
Era el inmenso páramo de España.

Hablábamos despacio, sumergidos
en un barco de dicha y de tristeza.
Y quemaban los labios las palabras,
las primeras palabras bienamadas.

Una honda ternura entretejía
invisibles abrazos fugitivos.
Reverberaba el alma y la sentíamos
arder en sus relámpagos por dentro.

Infinitos caminos recorría
la sangre cautelosa, reverente,
tactando los linderos que aproximan,
la puerta que se abre a la ventura.

La pena, transitoria, se escondía
en un hueco del tiempo. Sonreíamos.
Se derramaba el ser en la sonrisa
que consteló la dicha al iniciarse.

¿Quién discute el amor si reina el odio?
Su palpitar confirma que existimos
como existe la planta que florece
sobre los huesos pálidos de muertos.

Las flechas homicidas traspasaban,
sin brillar, a los jóvenes soldados
que de pie defendían las murallas,
el último bastión de la derrota.

Los mínimos avances, olas puras,
morían en los bordes del recuerdo.
Soñaba la memoria su contacto
o entrar en su dominio sin señales.

Un azul instantáneo al encenderse,
alumbró con su fuego la quimera,
el desnudo secreto susurrado
y engendró la esperanza sin retorno.

LOS VENCIDOS

Callaron los tambores.
Nocturna travesía
desveló nuestros ojos.

Pasivas caravanas
cruzaron la frontera,
la nieve oscurecida.

Pidieron pan los niños,
el fin de la discordia
y no la amarga leche.

Custodiaron las rejas,
cerrojos ya sin moho,
los cuerpos y los sueños.

De los espesos muros
dolían las conciencias,
los cepos de las vidas.

Siempreblanca, la luna
con dolor alumbraba
el hogar apagado.

Devanaba el destino
huidas clandestinas,
adioses silenciosos.

Los relojes —¿parados?—
contaban estertores
sin confesar el tiempo.

Secretas criaturas,
perdidas en la noche,
buscaban una estrella.

En el espacio oscuro
caía la ceniza
y la aventaba el viento.

SEGUNDA SOLEDAD

Has llegado al nivel de la tristeza,
al nivel de las aguas estancadas
que no saben fluir ni evaporarse.

No puedes desnadar ni remontarte
a la cercana orilla ni al camino
que conduce a la luz y a la alegría.

Eres joven aún... Gravita el tiempo
del desamor y pesa sobre el alma
la carga de la vida envejecida.

Los años de la guerra con sus muertes
te dieron soledad por todo premio
o madurez y angustia desolada.

Quisieras libertarte de ese duelo
que te ha enlutado el pecho y la sonrisa.
Están solas tus manos y tu sombra.

El agua densa hunde tu mirada
en el paisaje yerto que domina
el llanto o la nostalgia de otros días.

¿Dialogas con el viento? No te oye.
Y el pájaro que vuela no detiene
sus alas para ver que vas a ahogarte.

El tremendal del mundo te rodea
con sus espesas aguas... Sobrevive
tu soledad, salvada de tus muertos.

III

LA SILUETA DEL ARBOL QUE NO MUERE

«Sólo hay dos remedios para el alma que sufre: paciencia y esperanza».

PITAGORAS

Y la transguerra vives con los tuyos.
Sin máscara que encubra lo que hiciste,
quien eres hoy —ayer ¿quién eras? dime—,
el sueño que soñabas diariamente.

Adverso desamparo te cobija
bajo los pobres muros de tus padres.
El aire se enrarece en torno tuyo,
apenas fluye el tiempo en el encierro.

Agazapada fiera, te acomete
el hambre que destruye los cimientos.
Aquella flor del llanto —la sonrisa—
ya no puede salvarse en la miseria.

No parece verdad que estés viviendo
el asedio y el cerco de los días
que aprisionan el cuerpo... ¿Tienes alma?
¿A dónde se ha evadido? ¿Te ha dejado?

En un Juicio Final despiertas, sola,
sin defensor que salve tu buen nombre.
Callado juez desoye o se irrita
tras su negro ropón y te condena.

Hay fanáticas voces trastornando
ese legado estoico que te asiste:
golpean los oídos y se alargan
en lento ritornelo con cien ecos.

Puntiagudas espinas van clavando
su ponzoña en el grito y en la piedra.
Se adelantan los canes de la muerte
y vierten agua turbia por sus fauces.

La ardiente pesadilla por fin huye...
Las tangibles presencias van borrándose...
Aún sientes angustia que transvive
tu corazón medroso ya sereno.

Y la oscura paciencia se devuelve
a su rincón anónimo y aguarda
el nuevo amanecer de la esperanza,
aquel aire de vida entre paredes.

El interno verdor va rescatando
sus antiguas raíces, cada rama,
la silueta del árbol que no muere,
alzándose a la luz del mediodía.

COACCIONES

Externas fuerzas quieren someterte
—aunque te creas libre— con violencias
que avergüenzan el alma y el espíritu,
el fondo de tu ser y de tu sueño.

¿Han de infundirte miedo, siendo inicuas
sus rudas amenazas que desprecias?
¿Escindir, exigentes, tu defensa
con fobias y obsesiones que destruyen?

Contumaz, transgresora, desconcierta
su coacción moral como tortura
que has de resistir sin ser vencida,
si aún has de vivir humanamente.

¿Los amigos, en dónde? ¿Los que ayudan
con su ejemplo de amor o con su orgullo?
¿Sobreviven despojos o privanzas
que les salven los cuerpos degradados?

También la coacción les hizo víctimas
y ahora, sometidos, se despojan
de toda dignidad: no son felices
en el dantesco círculo que asedia.

EL RETRATO

Sentados frente a frente, confesándonos
a través de los ojos, sin palabras,
internos resplandores van y vienen
a veces voluntarios, desvalidos,
a veces casi huérfanos o tristes,
un asilo buscando, entendimiento,
la mirada que une más que el tacto.

El lienzo no revela su secreto:
no veo tu pincel que me dibuja
ni veo lo que pinta, cómo traza
con todo su albedrío y colorea
lo que ha de ser mi frente, ser mi boca,
el resignado gesto que ella anida
y toda la pobreza que respiro.

Yo puedo contemplarte cuando dejas
de mirar hacia mí y pones brillos
o pones sombras cálidas o grises
en la forma creada que no veo.
Misteriosa parábola germina
entre los dos —cristal—, se multiplica
al fluir con el tiempo que nos vive.

¿Has descubierto en mí que al contemplarte
he trazado por dentro tu retrato
con hondas vibraciones transparentes,
el vínculo de amor que nos traspasa?
(La memoria conserva no borroso
el penetrante ardor que transitaba
de tus ojos artistas a los míos.)

Se apaga el contemplar cuando me miras
y he de refugiarme en la ternura
que prevalece y basta en su paciencia.
El alto ventanal ya va apagando
la luz que nos envuelve y nos enlaza.
¿Podré reconocerme cuando mire
la transmudada imagen que has pintado?

EL VENTANUCO

Envidiabas las casas con ventanas,
con terrados altísimos, su viento,
los balcones con plantas y con pájaros,
las puertas que salían a la calle
y respiraban lluvia sobre el polvo.

Un ventanuco solo libertaba
tus prisioneros ojos entre muros
y daba luz y aire desde el techo,
mostraba la llovizna, negras nubes.
El era tu mirada y lo sabías.

Con sencilla certeza aseguraba
que era espejo del cielo y de ti misma,
edecán, mensajero, centinela,
sonriente guardián, fraterno amigo,
abierto a las estrellas y a la luna.

Sin cortina anunciaba a quien venía,
pregones y murmullos, la campana
de aquel chamarilero cojitranco...
Conocías las horas por sus luces,
esperadas salidas y llegadas.

No había desafío en su desvelo:
sólo el humilde amor que transmitía,
desplazados contrastes, los encuentros,
los apagados pasos en la noche
de transeúntes idos, ignorados.

MAS ALLA DE LA BELLEZA

«¿Imaginas que si una cosa no es bella, ha de ser fea forzosamente?»

(Diotima a Sócrates)

PLATÓN: *El Banquete.*

Quisieras defender esas palabras...
Verdades o sofismas para griegos,
para estatuas desnudas mutiladas,
desenterrados vasos o cerámica.
Claridades o sombras que divagan,
irresponsables ojos seducidos
por algo que no ven y aún existe.

¿Será la Poesía que se oculta,
tan misteriosa siempre e invasora,
evasiva también, tan elocuente,
tan joven, tan antigua, mármol claro,
reloj hecho pedazos descifrables,
fragmentos de lo eterno y de la nada?
¿La primera verdad, sencilla y última?

¿Qué puedes deducir de la apariencia?
¿De esta silla de paja en que te sientas?
¿Las paredes de cal que te circundan
son también un paisaje nevadísimo
que se inunda de sol al mediodía,
que apenas puedes ver porque te quema?
¿Qué insinúa la mesa en que escribes?

Y la pobreza reina en torno tuyo.
Y cada objeto es bello: lo acarician
tus manos o tus ojos suavemente.
Translucen compañía, servidumbre,
envejeciendo juntos en la casa:
algo que vale más que la belleza.
Complicidad sin mancha nos absuelve.

EL INTERMEDIARIO

1

«El amor es el intermediario entre el saber y la ignorancia».

PLATÓN: *El Banquete.*

Yo no sabía nada... Presentía
abrazadas galaxias incendiándose,
entretejidas penas en un beso
y en los hornos del pan oliendo a jara.

Una mañana pura tú llegaste
con la vieja sapiencia de los siglos,
tu mitad de nostalgia y de alegría,
con tu canción de sándalo caliente.

Aprendí sus lecciones... Las granadas
abrieron catedrales, viejos salmos,
maravillosos ritos sólo nuestros.

Mis labios ignorantes balbucían
heredadas palabras que brillaban,
los inéditos nombres sin bautismo.

2

«El amor no es jamás indigente
ni rico».

El tomillo quemado ya revive:
a las puertas del alba va abriendo
su diminuta flor impresentida,
su fragante mensaje no soñado.

Construyen los vencejos nidos cóncavos.
La primavera clama en todas partes:
en tu sangre repica y en la mía,
en el camino íntimo del alma.

Nuestra pobre indigencia se derrite
como dulce azahar o como cera:
va ascendiendo la savia silenciosa.

La riqueza nos colma... ¿Quién lo dice?
Las enlazadas manos intercambian
sus anillos de plomo enamorado.

3

«El amor es un intermediario entre lo que es mortal y lo que es inmortal».

Y cayeron estrellas en tus ojos...
En los míos también se reflejaron
iluminados brillos nunca vistos
en cuanto la mirada recogía.

Ya nada fue mortal ni se borraba
en la ceniza triste de los años.
Consagraban las vides madureces
para un vino sin muerte, de rodillas.

Rubio aceite, sin sombra, los olivos
doraban para edades no venidas,
en cálices de sol y oro silvestre.

Antepasados nuestros nos unían
a resurrectas almas translucientes,
a renacidos cuerpos siempre vivos.

4

«El amor pone en relación a los hombres con Dios».

La tierra es tuya, Dios: lo saben nuestros huesos,
lo sabe nuestro polvo —¡oh «*polvo enamorado*»!—,
lo saben nuestros muertos con las manos cruzadas,
lo saben las raíces de los vetustos árboles.

Y las gracias te damos por dejarnos amarla
—esta roca, este monte, este prado tan verde—,
porque nuestros abuelos ya trazaron los surcos
y sembraron el trigo de este pan que comemos.

Llamarte Dios, Señor, Naturaleza, Cosmos,
es sólo una manera de nombrar la Belleza
que transluce esta tierra, con gozo reverente.

Con el sol en las sienes, con los pies en el agua,
recorren nuestros ojos, con vasto amor, el mundo:
respiramos un aire ya fuera de la muerte.

EL «SALIDO» DE TIERRA

Esbelto y solo el árbol, contra el cielo...
Y tú, contra el destino, solo, yergues
los años por vivir y tu conciencia,
la vasta soledad en que te mueves.

Entre cuatro murallas la memoria
revive lo que fuiste allá lejos:
tú miras y comparas los ayeres
con el hoy que existencia tu destierro.

Como una fruta pesas en tu mano
la vida ya vivida; luego, pesas
los días que te viven —¿o desvives?—
en el ahora incierto, casi niebla...

¿El fiel de la balanza a cuál se inclina?
¿Qué vale o duele más, mientras maduran
la edad y la ceniza diariamente?
¿Es resta el porvenir? ¿Tal vez es suma?

Al árbol miras mientras vas pesando
acciones, contra el cielo de la tarde...

Y las ves separadas, irredentas:
reconciliar no sabes tus mitades.

Esbelto y solo el árbol, contra el cielo,
feliz en su existir pues la unitaria
savia le yergue a más crecer y vida...
Con raíces cortadas, tú naufragas.

(Los «salidos» de tierra, desanclados,
cruzan puentes sin fin y sin llegada.
Puertas abren y cierran sin hallarse,
ventanas sordas, ciegas, apagadas...)

Recorres las ciudades, los países
que pueblan multitudes, mas desiertos
te parecen las calles y caminos,
al vagar solitario contra el viento.

La sombra cae, densa, lentamente,
sobre el vivir cansado y la nostalgia
de cuanto quedó atrás y sobrevivo:
el corazón olvida su desgracia.

Esbelto y solo el árbol, en la noche,
aduerme soledad en su silencio:
el «salido» de tierra reencuentra
antiguas, vivas dichas en su sueño.

BAJO EL POLVO DEL TIEMPO

Ha penetrado el polvo en los rincones
de la memoria triste y apagándose
van los viejos recuerdos, rostros, voces:
el desván del pasado se obscurece.

Desconocen los ojos lo que vieron
y las manos deshacen en olvido
lo que hicieron cantando cuando jóvenes.
Lo que era plenitud sólo es nostalgia.

La pobreza vacía te desnuda
de cuanto fue tu ayer y tu riqueza:
recién nacida, mísera, divagas
por nuevos territorios nunca tuyos.

Ni viejas vanidades dan vestido
a tu desnudo cuerpo que expatriaste.
La lengua de tus padres se te olvida
y balbuceas otra que no es tuya.

Fidelidad antigua, remotísima
sangre que no niega tu esperanza,

se prende a tu vivir muy por debajo:
por debajo del sueño repta siempre.

Bajo el polvo del tiempo, fiel, te aferras
a la última huella del pasado,
al último vestigio del recuerdo,
a la última brizna pisoteada.

Y los bienes perdidos nueva forma
de angustia va salvando de su muerte:
en leve sombra, polvo, permanecen
en el fondo del ser y la conciencia.

CAYENDO EN LA CENIZA

Humedad y cansancio van cercándonos
en estas urbes grises que no amamos,
en estos cementerios de la ausencia,
en estos rascacielos sin palomas.

Y, malviviendo, todos añoramos
las rojas amapolas de Castilla,
arroyos de la sierra, los almendros
y trigales de España, sus olivos...

Y nuestras ramas viejas, deshojadas,
añorando señal de manantiales,
van cayendo sin nombre en la ceniza
que tercamente asedia nuestros pasos.

EL CUERPO, DESTERRADO

El cuerpo, desterrado,
defiende sus orígenes,
alzando sus instintos,
sus hambres y su sed,
sus venas, contra pájaros
de sombra conjurada.
Hay látigos y llamas
que golpean su sangre,
la hierba de su frente,
su ternura más íntima.
Hay afanes, presagios,
que asedian con sus lanzas,
que clavan sus espinas.
¿Es un árbol herido
o sólo amenazado?
Levanta sus deseos
cual un escudo vivo,
en la luz del verano,
en clara primavera
o al final del otoño:
con ellos se defiende.
Huracanes sin norte

combaten su inocencia
—paloma casi ciega—
en la nieve, en el trópico
que ha de pisar llorando.
El cuerpo, en su destierro,
esquiva la amenaza
de las nuevas estrellas
que gobiernan su sino.

ANTIGUA VOZ

Antigua voz, envuelta en un silencio
que suena o que se calla,
adviene a nuestra noche desde lejos.

Antigua voz ausente, voz de España,
amada, sobreamada,
dulce y amarga voz que nos traspasa.

Antigua voz, flotando, que nos dice
sin decir —voz sin habla—
su mensaje de sueño, siempre triste.

Antigua voz que oímos como un viento
sin viento que pasara
rozándonos las venas, todo el pecho.

Antigua voz o fusta silbadora
que nos deja su marca,
su tatuaje: dolor en la memoria.

Antigua voz de hueso, de gusano,
de polvo y de añoranza,
que de la ausencia viene hasta los labios.

LOS PUENTES DEL SUEÑO

Reconciliar quisieras
la vida que viviste
ayer con la que ahora
abruptamente asedia
los días y los años
en tierras extranjeras.
El tiempo, como un foso,
separa negras aguas,
separa aguas límpidas.
Ayer y hoy, distantes,
jamás, jamás convergen,
jamás unificados
en una misma vena
de vida y sangre juntas.
Pasados y presentes
levantan barbacanas
de guerra inacabable:
sin pausa aniquilando
la fraternal bandera
de paz y de esperanza.
El sueño, compasivo,

alzando va sus puentes
que los unan en vida
o después de la muerte.

SIN PRESENTIRLO NADIE

Cada mañana llegan los recuerdos,
al despertar los ojos con la aurora:
advienen uno a uno, se aposentan
sin perfumes ni gestos en la sangre,
en la vida que empieza cada día.
Han dejado las sombras y el silencio
y, sosegados, nobles, la nostalgia
convocan en el pecho y en la frente.

¿No quieren renunciar a lo que fueron?
¿Se transforman? ¿Renacen? ¿O desvelan
la no aprendida imagen que buscamos
entre sueños y antiguas melodías?
Nadie puede llorarlos en la noche.
Nadie puede llorarlos en el día.

Y los lejanos signos se insinúan
como oreante amor que nos consuela.
Y la tranquila calma que una tarde
hallamos en un bosque,
nos briza el corazón maternalmente.
Delicados murmullos de la infancia

—que todavía salvan los oídos—
penetran con dulzura en la memoria,
en los paisajes tenues del espíritu...

Reconocer no cuesta viejas fechas,
precisas ocasiones, dichas hondas,
los sencillos placeres de los pobres,
el duelo y la violencia de la guerra,
la final vibración de una elegía...

Y no sabemos cómo ha renacido
lo que fue manantial de nuestra vida,
el más íntimo origen del desvelo,
de la avidez perdida hace tiempo.

Y no sabemos cómo
todo vuelve a evadirse en un instante.
Sin presentirlo nadie ni soñarlo.

SIN NADA

Sin forma atesorada ni límites precisos.
Sin vahos, sin oleajes que avancen con dulzura,
persuadiendo los cuerpos, los rostros y las manos.
Sin redondez celeste, sin luces verosímiles.
Sin las ígneas conquistas, sin orgullo ni fama.
Sin la avidez ni el brío que afanan a los seres
cuando modelan bronce o escriben poesía.
Sin raptos, sin la fiebre que en la noche se enciende.
Sin el vago entresueño, también sin albedrío.
Sin lentitud, sin prisa, sin antiguos caprichos,
sin evasiones súbitas.
Sin arqueadas ansias ni sonoros deseos.
Sin humanantes glorias de eternidad o muerte.
Sin esa primavera que exalta los infusos
anhelos de la vida, del amor, en silencio.
Sin defensa feliz, también sin amargura.
Sin barro entre los dedos, sin llorar la belleza
ni la blancura anónima que muere cada día.
Sin nada que consuele, real, imaginario.
Sin tacto o juventud (ya ida para siempre).
Sin el candor primero del niño que dibuja
o canta sobre el césped imitando a los pájaros.

Sin la velada insomne que crea fantasías
al inventar recuerdos.
Sin el celo amoroso que es dicha transparente.
Sin la inconcreta música agobiada de flautas.
Sin material posible, sin esencias o símbolos...
Sin nada en la memoria,
sin nada entre las manos,
sumando y no sumando lo vivo con lo muerto,
en desterrados años que, lentos, ay, trashuman.

¿SALVACION?

¿No hay un agua que nos limpie
de recuerdos y tristezas?
¿No hay un dios, un claro código
que nos dé flor de esperanza?
¿Y no hay ídolos, sistemas,
al alcance de los sueños?
¿No hay un verso que nos salve
en el mar de los destierros?

A VECES, LA TERNURA

A veces, la ternura suavemente
se acerca al corazón y lo traspasa
de gozo sensitivo que de pronto
endulza diarias penas y amarguras.

¿Es la misma que ayer se detenía
a mirar un paisaje de montaña,
viejas piedras en ruinas con su musgo,
dolorosas ciudades con prisiones?

¿Es aquella dulzura que trocaba
la desdicha de todos en serena
aceptación, tristeza resignada,
soleado remanso casi alegre?

Difusamente llega y va calmando
el tumulto de anhelos muy antiguos,
los sollozos nostálgicos del pecho,
el ardor de la sangre acongojada...

Sobrellevar la herencia de la estirpe
no es fácil para el alma desterrada.

No es fácil estar viva tanto tiempo,
con raíces al viento o cortadas.

El cielo abovedado por las nubes
se vuelve transparente: la esperanza
adviene como aurora y, temblando,
invade suavemente el hondo espíritu.

Y va creciendo allí... Es alta rama
que aspira a su cenit, remota suerte
de ser árbol de luz entre los árboles
que nunca desclavaron sus raíces.

NOCTURNOS DEL DESTIERRO

1

LA CONSIGNA ES EL SUEÑO

La consigna es el sueño,
nuestra amada república.

Vemos troncos, raíces,
desasidos y tristes,
en los bosques de España.

Vemos colores, humo,
persiguiendo sin voz
las huellas que dejamos.

Vemos lechos vacíos,
casas deshabitadas,
ropas que llena el aire...

Vemos guitarras mudas,
abandonos, presagios,
nuestras sombras sin alma.

2

EL DESNUDO VACIO

El desnudo vacío,
la soledad sin voces,
la angustiada garganta,
los desvelados ojos,
anudan pensamientos,
devanan cien recuerdos
en densa noche insomne
que no se acaba nunca.
La sombra negra agita
oscuros miradores
que el alma no conoce,
lejanas atalayas
no vistas en el tiempo.
Desdibujados rostros
emergen suavemente:
los perfiles se adhieren
al muro del silencio.
Miradas, gestos rondan
el aire detenido
entre cuatro paredes

y el techo que gravita,
invisible, en la frente.
Leve se agolpa todo
en la memoria esquiva
que recordar no quiere
por huir de la pena
que socava por dentro
Transfigurado, surge
el pasado constante:
cada nombre, las bocas,
niños huérfanos, viudas,
viejas calles, la guerra,
viejos signos remotos,
sin escarcha, presentes...
El reloj da sus horas:
cual latidos, sus sones
golpean en el pecho,
isócronos, cansados
de vivir recordando,
de morir en la ausencia.

3

EL TACTO SE PASEA

El tacto se pasea,
como el aire en el frío,
tembloroso, afilado,
en el triste recinto
que siempre nos rodea:
los expatriados muros
se cierran hacia dentro
con inhóspitas rejas
de hierro solitario
y cepos de recuerdos.

Y las manos quisieran
penetrar esas cosas
que acompañan y sirven,
sin dañar la ternura,
la pátina, los brillos,
sin invadir el centro
que atesoran humildes.
Acendrar la caricia,
la gratitud, el tino
de la amistad que salva.

Honda caricia trémula
que viaja en la mirada
a través de las sombras,
flotadoras, en vilo.
La secreta presencia
quiere ser revelada,
no renuncia contornos
ni el espacio que ocupa:
afirma que acompaña,
sin lágrimas ni muerte.

Largamente, los cuerpos
enajenan latidos
de materias inermes
que han velado destierros,
soledades, nostalgias,
en la noche sin tránsito:
los objetos proclaman
que la vida está viva
aunque el alma lo niegue
y lo niegue el espejo.

4

ALLI, DONDE LAS ALAS

Allí, donde las alas
se insertan en el vértice
de luz y sombra vírgenes.
Donde el viento, sin forma,
ya no es látigo, fuerza,
ni la brisa más leve.
Allí, donde el silencio
es vivísima atmósfera
y en su quieta presencia
es posible morar,
lentamente, sin lágrimas.
Allí quiere vivir,
allí, desconocida,
el alma ya sin pena,
ausente de las cosas,
de todo lo que asedia.
Y allí mirar de lejos
la pasión por detrás
de sus brasas o llamas.
Y evocar los amigos,

las ciudades distantes,
las cumbres de las sierras,
los añorados valles.
Allí quiere vivir,
errar, soñar, perderse.
Allí quiere acabarse,
allí quiere morir
en brazos de la música,
del vacío del aire
que no es aire ni nada.

5

PORQUE HAY NOCHES O DIAS

Porque hay noches o días
en que el dolor nos pesa
sobre el alma.
Y partir hacia el mundo,
hacia todo se ansía
y ser libre viajera
que ha perdido su patria,
el hogar, los recuerdos,
la ceniza del tiempo.
Libremente hacia todo
irse sola,
el corazón tan ávido
en los ojos llevándose,
en el tacto y oído,
en la piel y en la sangre.
Para luego entregarse,
ya de nuevo y de pronto,
a una rosa cualquiera,
al más herido pájaro,
al hombre sin canción
ni esperanza.

TESTAMENTO

Nadie clame mi nombre.
Nadie diga quién fui.
Nadie invoque a mis genios
para insinuar que he muerto
y así hallar descanso.

Nadie busque papeles
ni esa pálida huella
que mis manos dejaron.
Ni las cartas ya grises
afirmarán que existo.

Nadie palpe mis ropas,
esos guantes vacíos,
ni el color de mis lágrimas,
ni las penas que habitan
en pertenencias mías.

Nadie me halle, como antes,
en esas bibliotecas...
Nadie llegue a quien era:
ni al recuerdo ni al sueño.
Nadie busque retratos...

Acaso, en vaho, un día,
ascienda hasta los astros
de luz invulnerable,
y desde allí contemple
cuanto he soñado en vida.

NO DIGAMOS PALABRAS QUE DESPIERTEN

No digamos palabras que despierten
nuestros ojos dormidos todavía
en esas alamedas de la noche.

Que no se canse nunca nuestro sueño
en esa plenitud de su reposo,
absorto en su arboleda prolongada.

Furtivas rebeldías no se asomen
a esta paz silente de los rostros,
a este leve descanso de las almas.

Que las palabras callen mansamente...
Que las estrellas duerman y los pájaros,
el pobre corazón del desterrado...

Los caminos del sueño se detienen
en esa encrucijada que vigila
nuestros pasos nocturnos y callados.

ACASO UN RESPLANDOR

Acaso un resplandor
anuncie que llegamos.

Tal vez las piedras anden
o vuelen como pájaros.

Quizá los quietos árboles
resuenen cual laúdes.

¿Las zarzas de Castilla
murmurarán los nombres?

¿Presentirá la mar
que arriba nuestro barco?

¿O los vientos sabrán
que vamos por el aire?

¿Será la medianoche
la luminosa aurora?

TERCERA SOLEDAD

«Entonces con los ríos va la soledad».

RAINER MARIA RILKE

He bajado hacia el Sur por el gran río,
siguiendo sus orillas, navegándolo
en barcas de trasbordo a pleno día
y he mirado la estela que dejaban.
(¿El rastro de mi vida, su reflejo?)
Y atravesé sus puentes... Desde arriba,
las aguas se alejaban sin violencia,
reposadas y lentas, con dulzura,
hacia un lejano mar sin arrecifes.
La tensa pasarela levitaba,
azares verticales presagiando,
la profunda caída sin retorno.
Pulsaba el viento ávido los cables,
aquella barandilla como un arpa,
y toda yo sonaba, ya sin vértigo,
altísima, distante, transportada,
sin mirar hacia abajo, suspendida...

Su curso remonté por conocerlo.
Y crucé sus pantanos, verdes ciénagas
habitadas por robles moribundos.
Y destrenzadas algas amarillas,
los troncos grises, náufragos, flotaban...
(¿Imagen de las almas en exilio?)
Otros ríos me dieron su corriente,
generosos amigos, su constancia
al borde de ciudades extranjeras.
Y aún otros sus manos me tendieron
con ademán fraterno, bellas luces
y los dormidos bosques de su cauce.
Sabía el corazón que estaba solo
al deslizarse el agua como un llanto.

La soledad se iba con los ríos
—silenciosos, pausados y constantes—,
soñando una ribera inalcanzable:
el venturoso puerto de la patria.

IV

EL PUENTE LEVADIZO

El puente levadizo a ras de tierra,
a ras del agua azul, nos tiende paso...
¡En el hondón del tiempo, sin almenas,
tantos años de asedio derribados!

Y con ansia pisamos los caminos
ya sin huellas de sangre ni de guerra,
de aquel odio glacial, estigma vivo
que las almas y manos avergüenza.

Muros viejos y fosos nos acogen:
todos somos sillares del gran arco,
argamasa fraterna de su torre.

En la antigua heredad nos encerramos
—castillo, sementera, prado y bosque—:
los vivos y los muertos, hermanados.

LOS RETORNADOS

Cien retornos soñamos... Uno solo
es hoy el verdadero, con raíces
que el viento no desclava. Olvidamos
nuestro cabello gris, acaso blanco,
las lentas cicatrices que nos cubren.
¿Los muertos, en olvido? No. Reviven
en la unitaria luz que nos envuelve.

La mirada fraterna reconcilia
los dolores de ayer con fresca dicha
del vivir indiviso, recobrado.
Los ojos buscan manos ya no esquivas
y los pies van pisando amada tierra,
el umbral de la casa recordada...
(Se murieron las sombras, luz de España.)

Nos invade la luz, plenaria y honda,
de una misma esperanza conseguida
tras largos años —¡penas irredentas!—
de calladas nostalgias y silencios.
Los rincones del alma se iluminan
y las tristes memorias se disuelven.
(Se murieron las sombras, luz de España.)

¡Atrás, atrás, países del destierro!
¡Adiós, por fin, al páramo extranjero!
Los retornos de todos se congregan
debajo del gran árbol de la Historia.
Nos baña el corazón la luz más clara
y pone claridad en nuestras sienes:
el nuevo caminar nos va alumbrando.

Y miramos al cielo transparente,
a los campos labrados por los siglos...
¡La misma tierra es, el mismo cielo!
Reconocen los ojos y atestiguan
las almas lo que ven desde sus dentros.
No vacilan los pies... La misma España
reconocen los pasos retornados.

¡España, estás aquí, la misma siempre!
¿Tu amor nos esperaba, madre nuestra?
Tras largo sufrimiento fraternizan
tus hijos retornados con aquellos
no salidos de ti, a ti clavados...
¿Eres feliz ahora? ¿Tus Caínes
y Abeles reconcilian vida y muerte?

Los eriales del odio son ya huerto
de un nuevo florecer de la esperanza.
Amasamos el pan de la concordia
con lágrimas de ayer y trigo limpio:
manos blancas, sin sangre, se entrecruzan
en el aire de hoy y se saludan
con el nuevo calor del reencuentro.

AUTORRETRATO

Ya la ceniza gris se torna blanca,
aureola tus sienes y tu frente
con resplandor de otoño que se evade
mas que aspira a vivir aunque anochezca.

Sin mirarse al espejo, reconocen
tus ojos su ceguera que duplica
volumen y perfiles o distancia
la realidad que palpas y descubres.

El gesto de la boca, más cansado.
Entreabren los labios la sonrisa
que no quisiera ser escepticismo.

Tus oídos el último silencio
escuchan cómo avanza suavemente
sin que nada denuncie su venida.

Y tus manos nudosas no descansan,
les gusta laborar, aún ser útiles:
se niegan al reposo irrevocable
que les trae la edad o el desencanto.

Criticas sus proyectos, sus acciones:
cómo pliegan la ropa que han lavado,
cómo frotan los brillos de la mesa,
cómo parten el pan con alegría.

Y sostienen el libro que tú lees:
con maternal caricia o con sosiego
los dedos van pasando cada hoja.

El escribir les duele pero siguen
trazando los renglones que alguien dicta
desde el fondo del ser: esas palabras...

Los cuándos, los porqués aún te asedian,
las luces de la tarde, claroscuros
de ideas y pasiones. Todavía
quisieras derribar las injusticias.

Por ventanas abiertas entra el aire
del mundo, de la calle: sus rumores
invaden tus armarios y tus dentros,
tomando posesión de lo que eres.

No calmas tus preguntas y las vives
con ardor juvenil, con esperanza
de hallar esas respuestas que has buscado

desde temprana edad. Y sin fatiga
indagas lo imposible. Nunca cesa
el vano interrogar a las estrellas.

Aún caminas tú con juveniles
pasos senderos altos por la sierra,
entre jara y tomillos olorosos,
laderas que descienden entre pinos.

¿Es ésta la vejez o te resistes
a ser lenta tortuga que retarda
el vivir que le queda y adelantas
por declives que suben a la cumbre?

Al caminar intimas con gorriones,
con el perro que guarda la dehesa,
con la veloz ardilla-cascanueces.

Y aún puedes sentarte a la sombra
de una encina vetusta que comparte
el diálogo callado de estar vivas.

En un círculo cierras cuanto vives:
no lo soñó tu sueño ni soñaste
dibujar esa esfera con tus dentros,
con el hondo temblor de tu nostalgia.

En torno ya de ti, sus avideces
te fingen una cárcel que no existe.
Y giran sin reposo, agrandándose.
El círculo ya toca el horizonte.

Tú, pequeña, su centro no distancias
de tu ser interior, originario.
Mas los lejos advienen poco a poco
hasta colmar el pecho con sus dones.

El corazón acepta mansamente
la dádiva del mundo: se enriquece.
Borradas las fronteras de lo humano,
el círculo ya abarca todo el orbe.

DESTINO

«Cada ser tiene un destino, como el caballo, como la vid...»

MARCO AURELIO, VIII, 19

¿La rama de ciprés ha sido símbolo
de tu vivir, llevada por tu mano?
¿A tus pies, un compás, sin eje, roto,
ha sido alegoría inexorable?
¿Divinidades ciegas te marcaron
el camino con piedras o con cruces?
¿Algún hado benéfico la llama
de honda Poesía —en su rescoldo,
humilde, sensitiva, diminuta—
te dio como consuelo de tu años?

Rebelde o sometida, fatalmente,
ante la noche densa y su amenaza,
tu desnudez alzaste, tu inocencia,
tu orgullosa cabeza y tu ternura,
tu implacable desdén por la victoria,

ese laurel que pesa con su fama,
vanagloria exterior que descontenta.
Una pálida estrella trasvelada
se resigna en tu frente a los fracasos,
al esfuerzo que el alma sola ha visto.

Las hilanderas tejen esa urdimbre
de tu vida mortal: son arbitrarios,
fortuitos, esos hilos que entremezclan
aconteceres trágicos y bienes,
suaves gozos y heridas restañadas.
Inflexibles, sus tramas aprisionan
tus días con desdichas e infortunio.
No quieres acatar esos decretos
de la ley implacable, duradera.

Ser dueño de tu vida y orientarla
libremente reclama tu albedrío.
Y desprecia los dogmas que sojuzgan
el fluir de tu sangre y pensamiento.
A las Parcas soslaya con sus luces,
con todo su valor y claro instinto.
Valientemente huye de fulgores
que transparentan muerte, livideces,
de aquellos cielos grises que deprimen,
de aquellas humedades, foscas nubes.

Y ansías aire tibio y horizontes
abiertos, luminosos, transparencias
de patrias sin nostalgias y sin cárceles.
Y diálogos tranquilos, en voz baja,
deseas con hermanos de tu espíritu.

Y escuchar los relojes —corazones—
con delicado afán, sin tener miedo
a que cesen de pronto y enmudezcan.
A las Moiras burlar con tu alegría,
con la sonrisa viva de tu pecho.

Has sufrido —¡no importa!— altivamente,
con orgullo secreto y silencioso.
(¿Quién no sufre si es un ser humano?)
Libertaste tus ojos contemplando
ciudades y países, maravillas.
Mas dolieron también, también lloraron
ante niños hambrientos y miseria,
en umbrales manchados por el lodo.
¿Qué podías hacer si maniataban
los pactos con el odio y la avaricia?

Rozaban golondrinas las ventanas:
los bordes de tu alma conmovían.
Y las horas lluviosas lentamente,
una a una, caían con sus lágrimas.
Y todo se cumplía bajo normas
que tú no fabricaste pues, adversas,
rompían la mesura, el equilibrio
de todo acontecer que tú soñabas
impregnado de luz en el concierto
del cielo con la tierra y cuanto existe.

El sueño era un abismo sin orillas
donde caía el alma, donde caía el cuerpo
a su salvo descanso. Y era fuga
a veces dolorosa, a veces inclemente,
a veces piadosísima, distante.

Afirmabas la vida, ya despierta.
Desde fuera, el sueño te amedrenta:
sus vertientes —¡qué hondas!— son extrañas
y angustian. ¿Dónde el límite se esconde?
Atrae su aventura, sin embargo.

¿Era destino el sueño? ¿Se evadía
el ser contra los cánones tiránicos
escritos por el Tiempo en su gran folio?
Arrasaba un hálito de fuego
los bosques interiores, sus raíces
rebeldes que a reptar han rehusado,
irguiéndose del humus a galaxias
de configuraciones nunca vistas,
soñándoles cercana compañía.
¿Revelaciones eran de algo ignoto?

Las coherencias últimas subyacen.

HONRADA CIENCIA

Algunos menosprecian tu pureza,
la ineptitud vital a que conduces.
Sobrevaloras —dicen—, rigurosa,
análisis metódicos, los cálculos
seguros y perfectos, racionales.
Abjuran de tus dogmas y rechazan
tu suma concepción del universo,
el valor perfectivo, profundísimo,
de tu mirada alta y verdadera
que cada realidad va penetrando.

No te conozco ¡ay! mas te imagino
como sapiente dios que no descansa
—o amantísima diosa que trabaja—
por el bien de los hombres y los siglos.
Tu fundamento crea mi futuro.
Tus leyes son los mitos y poemas,
las hondas fantasías que instrumentan
ya mis sueños de hoy y de mañana:
la salvadora tabla en el naufragio
de tantas dudas torpes, clandestinas.

Tus claros testimonios son bandera
de nueva fe creíble, si tú, pura,
restauras la certeza de que el hombre
aspira a ser real como tú misma,
como la clara ley en que te fundas.
Si tú no le haces daño ni destruyes
lo que en el tiempo alzara su hondo sueño
de eternidad y gloria a lo más alto.
Si tú le recompensas de estar vivo
y más vida le das para tu honra.

PERDIDAS

«All losses are restored and sorrows end».

SHAKESPEARE: Sonnet XXX

El día se hace noche... ¿Lo perdemos?
La sombra es un descanso de los ojos
que la luz embriagó con regocijos,
solar omnipotencia bondadosa.
Las olas van y vienen... Nunca alguna
podemos retener en nuestras manos.
¿Un don que se extravía mar adentro?
Lo ganamos de nuevo en otras olas
que, fugaces, nos tocan con su gracia:
las mareas profundas enriquecen.
Y los amigos pasan, mas sus bienes
dejaron en el alma compartidos:
un gran amor común, afinidades
reparan la tristeza, niegan pérdidas.

HACIA EL FIN

«Like the waves make towards the pebbled shore.
So do our minutes hasten to their end».

SHAKESPEARE: Sonnet LX

Nunca se arrastra lento o retrocede
el instante que vive: se apresura
a seguir su carrera irrefrenable,
su curso natural, su clara meta.
Ligereza lo impele sin retorno.
Sus raudos pies deniegan el descanso,
el regreso a un ayer que seducía.
El camino devora cada huella:
ansia de ser prosigue y santifica.
La vacuidad se cierne, sospechosa...
Interior oleaje playas busca
que barren la locura de estar vivo.
El aciago rodar hacia el No-Tiempo
existencia el minuto irrepetible.

TERCERA EDAD

No detengas, senil, aquel pasado
que ya viviste: déjalo que fluya
hacia atrás de la vida, remontándose
al primer nacimiento,
manantial de tus aguas terrenales.
No remanses tus penas entre juncos.
No detengas su espuma en la memoria.

Construye tu vejez con alegría,
sin hastío ni tedios destructores,
sin ocios que colapsen lenta sangre,
que endurezcan tu asombro.
Y sigue amando hoy lo que has amado.
El otoño e invierno son hermosos.
Dan sus claras lecciones los crepúsculos.

Las leyes de la tierra ya conoces,
variadas geografías y paisajes,
la blandura del pan y la dureza
del leño y de la piedra.
Tu sino has consumado: fuego y frío
te quemaron las manos y la frente,
tus dos labios, mas nunca tu palabra.

Tu corazón sembraste seriamente
en todos los que amaste cada día,
en niños y muchachos que enseñabas,
gozosamente viva,
no por vieja costumbre ni monedas,
no por vano ejercicio de oratoria
en tablado o teatro del aplauso.

Tus edades recoges, miel oscura
que ha ido edificando lo que eres,
lo que serás mañana si aún vives.
Y las pones en orden,
año tras año —¿fechas?—, lustro a lustro:
como la ropa limpia del armario,
como todos los libros que has leído.

Vendrá la noche sigilosa —¿cuándo?—
con su callado andar, sin despertarme.
Me llevará consigo de la mano,
cual madre verdadera,
al descanso final, aún dormida
—con ojos devorados por la sombra—
en un último sueño sin imágenes.

SI HOJA MUERTA YO FUESE

«If I were a dead leaf...»

P. B. SHELLEY:
«Ode to the West Wind», IV.

Si hoja muerta yo fuese cualquier día,
¿a qué país el viento
habría de llevarme?
¿A cualquier arboleda ya sin nombre?

¿A dónde iría yo, perdida hoja,
sin patria ni jardín
honradamente mío?
¿Cuál zanja, como un lecho, se abriría?

¿Al pie de un árbol negro, en sus raíces
buscaría un asilo
temporal, para siempre?
¿Dilapidado envés sería ofrenda?

¿Qué desengaño, musgo, de la tierra
podría separarme?

Madre y nodriza es
que amamantó el arbusto de mi vida.

¿Osaría algún daño para el vivo,
la soterrada flor
o su semilla leve?
¿Osaría pudrirme, solitaria?

¿Con la lluvia me iría, monte abajo,
en hilillos de agua,
por acequias y cauces?
¿El lodazal, esquiva, saltaría?

¿Con niños extraviados y llorosos
dormiríamos juntos
en un henar ya seco?
¿Me sentiría hoja o compañera?

Mas el viento, otra vez, sin detenerse,
echaría a rodar
la caravana frágil
por aquellas llanuras, ebriamente.

Otras hojas afines, concertadas,
amarillas, rojizas,
¿danzarían conmigo
el vals crepuscular de la hojarasca?

Y el estanque profundo, vigilante,
con sus aguas verdosas.
nos daría su paz,
sus cambiantes espejos, transparencias.

Si hoja muerta yo fuera, viviría
en las hondas corrientes
que aún navegan peces:
los sueños terrenales insepultos.

LOS AZARES NECESARIOS

(*Después de leer a Novalis*)

Fulgores luminosos, también lívidos,
entreabren la puerta de tus sueños,
el trasfondo del alma y del espíritu.

Temerosos o tímidos,
mas siempre necesarios,
penetran en tu ser
y sin color trasnacen.

A punto de extinguirse, reencienden
vigilias, inquietudes, universos
de nostalgias perdidas y encontradas.

Ofrecen nueva lámpara
a los recuerdos idos.
Suscitan nuevos diálogos,
imágenes amadas.

Sonríen los azares en sus vísperas.
Traspasan el umbral, el dintel último
de las últimas llamas y su sombra.

La cotidiana búsqueda
de sus frutos: maduran
las hondas soledades
de profundos silencios.

Azares necesarios, singulares,
misteriosos también, personalísimos:
la poesía son que te liberta.

PALABRERIA VANA

«like old men of less truth than tongue».

SHAKESPEARE: Sonnet XVIII

Palabrería vana el vano verso
que aspira a ser lenguaje virtuosista:
al hondo corazón nada le dice,
esa verdad que espera como lluvia,
ese noble misterio que transportan
las raíces profundas del idioma,
la clara inteligencia del que siente.

Cerremos diccionarios y esas listas
de los raros vocablos presuntuosos,
la altisonante lengua que conllevan
sinónimos sencillos, transparentes,
y la pura belleza que eternizan.
Los versos charlatanes nos distraen
de la nueva canción que va por dentro.

Hermetismos engañan, envejecen
el puro manantial en que bebemos
la misma agua todos, que conmueve
al alma encanecida, al pecho joven,
al más alto intelecto sin ajarse.
Buscad, buscad verdades, sus filones
de asombro verdadero, gozo y pena.

Nada nuevo decís con los «novismos».
Apagad esas voces pues no brillan
como queréis: vacías, tintinean
en el oído sordo que conjura
los mitos con liturgias renovadas.
Trabajáis las palabras como orfebres
que oro y plata han perdido en el tintero

La lengua sea corta, verdad larga
se adentre por el verso hasta el espíritu
que quiere revelar lo irrevelable
—palpitación profunda del misterio—
con las pocas palabras verdaderas
que traspasan el alma y la conciencia,
el ser del hombre vivo que las lee.

NO NOS AMA EL SILENCIO

«El silencio ya no me amaba».

OSCAR DE LUBICZ MILOSZ

No nos ama el silencio de otro tiempo.
El rey de nuestro siglo ha proclamado
que estridencia, tambor y clarinete
socaven nuestras sienes, los oídos.
Se agolpan notas roncas, huracanes
que golpean la piel, el laberinto,
el yunque que se rompe en mil pedazos.
Se desclavan los goznes, se derrumban
el corazón melódico y el ángel
que entresoñaba cielos apacibles,
dulces músicas, arpas, clavicordios,
armonías distantes, sus arpegios,
Inexiste el silencio, desterrado
por clamores y angustias, son de guerra.

EL CANTO

«Unico el canto de la tierra santifica y celebra».

RAINER MARIA RILKE

¿Has sido como un árbol
que ha nutrido mi vida,
devanándote al aire?
¿El fruto de sus años?

¿Exceso de mí misma
que entregabas en dádiva
de amor o de ternura?
¿La viva recompensa?

¿Libre señal del llanto?
¿Tal vez has sido el grito
—ensordecido, grave—
del alma que sufría?

¿Te buscaron las cosas
como espejo doliente?

¿El corazón —su queja—
me donaba su música?

Rebasar la tristeza
y todas las desgracias
tu relumbre quería,
alzarse libertado.

Enriquecido y pródigo,
mi canto, largo tiempo
enajenaste sueños,
raíces de esperanza.

A veces, implacable,
te esforzabas en búsqueda
de pequeñas verdades
que dolían sin tregua.

A veces, temeroso,
rozabas la alegría
diminuta y etérea,
casi luz transparente.

Y llegabas de lejos
o te ibas en llama,
exhalado a tus cúmulos,
más allá de ti mismo.

Nunca hostil, devenías
confidente y amigo,
valedor de mis bienes,
jardinero en mi huerto.

Un país, una orilla
sin zarzas ni declives
alcanzaba tu nave
en la noche estrellada.

El rumor de tus fondos,
canto mío, sonaba
en el pecho cual sangre
anhelando salida.

¡Que tu voz no se muera!
¡Rebrote en mis cenizas
con verdores de césped
y semillas de pájaros!

EL OLVIDO

«El olvido es un conocimiento que se evade».

PLATÓN: *El Banquete*

Se evade lo sabido como aliento
que escapa de la boca si respira,
como el vaho de escarcha que evapora
el pobre sol de invierno o del otoño.
(Alguien cree que es falta de memoria,
cesación del cariño y su ternura.
Otros piensan, sin fe, que has descuidado
el anaquel —con polvo— del recuerdo,
la obvia estantería de los libros,
el arsenal sin fondo de las penas.)

El alma vieja arrastra sus cadáveres
de año en año, ciclos derrotados,
y los va sepultando como puede
al borde del camino, dulcemente.
Algunos, pertinaces como hiedras,

se cuelgan o se adhieren a su paso,
a su drama interior y a su alegría.
Hay raíces antiguas, obstinadas,
que no quieren morir a ras de tierra
y flotan para asirse a lo que vive.

Desamparas, a veces, tus palabras.
Se extravían sus ecos en la sombra.
Vacía, tu heredad, sin resonancias,
va absorbiendo fantasmas irredentos
de fechas, de figuras, divagando.
Las más hondas arenas se tragaron
vestigios, añoranzas y regresos.
Las olas de los días, recurrentes,
conspiraron despacio, mas seguras.
Naufragaron las sílabas distantes.

Con un dedo en los labios tu pasado
te hará guardar el último silencio.
El arca del olvido, ya cerrada,
la sellará tu muerte con candado.
Y nadie la abrirá pues no hay monedas
de oro ni de plata para nadie:
el herrumbroso cobre se desprecia.
Sin sucesiones vivas, olvidada
por todos, desnacida, bajo tierra
dormirás sin beleño eternamente.

ULTIMA SOLEDAD

Tu senectud
a su final transcurre como un río
que acaba su caudal o se adelgaza
hasta ser hilo de agua, transparencia
que quisiera durar y no perderse
en la última arena de la playa.
Y como el río aspira a devolverse
al primer manantial que le dio vida.
¿Remontar hacia atrás los viejos años,
los días del amor y de las penas?
¿Sobrepasar los témpanos de hielo,
las desterradas horas de la ausencia?
¿Flotar como una hoja, derivando,
sin gobernar su rumbo a retrovida?
¿Como simple corteza que ha caído
de la última rama desgajada?

No te vale nadar contracorriente.
No te vale soñar ni revivirte,
ni te sirve la luz pues estás ciega.
En soledad tu muerte, silenciosa,
aguarda en un meandro de agua triste

junto a una densa roca que la oculta.
No te vale esquivar el oleaje
que te arrastra certero a tu reposo,
a tu no-ser —¿o ser-por-siempre-muerta?
Transcurres, senectud. Plácido sea
el lento incorporarse de tus aguas.
Clarividencia última te anuncia
lo que será de ti, senectud mía:
tu delgado caudal al fin lo absorbe
tu muerte necesaria, plena y honda,
en la última dársena del tiempo.

TU PROPIA MUERTE ERES

«cerca de mí, que soy mi propia muerte».

TEXEIRA DE PASCOAES: *Tierra prohibida*

La muerte va contigo pues es tu propia muerte.
Cerca de ti, en ti, va recogida. ¿Oyes
su pálido silencio? Oscuro rostro frío
vagamente se anuncia debajo de tu rostro,
de ese hueso que palpas en frente y en mejilla.
Y en el traje que llevas sudario prefiguras
de cales deletéreas o tal vez espectrales.
Sus luces abandona el claro sentimiento,
su musgo de ternura, la verdad de sus lágrimas.
¿Cómo puede entender que su sed ha de irse
insaciada, sufriente, al más allá sin nombre?
En ademán absorto, tu mano se detiene...
¿Quimérica? ¿soñada? ¿pasto ya de la tierra?
¿Sobre ceniza escribe el adiós, epitafio
que nadie leerá si no es la sombra última
o su perdida máscara? Tu propia muerte eres,
aunque vivas o sueñes en la bruma indecisa.

LLEGAR A SER TIERRA UN DIA

«llegar a ser tierra un día».

HOMERO: *Ilíada,* VII, 99.

La tarde cae, lenta, sobre el alma,
sobre el largo camino y la arboleda.
El rojo-gris del aire se entristece
cuando llega la noche y desfigura.
Sin decirnos adiós, hemos de irnos
al lar que nos espera con su lumbre.
Junto a él brillará el sol ausente
que vimos en el monte al incendiarse.
Mas luego la ceniza, poco a poco,
apagará rescoldos, yerta llama.
Una nueva nostalgia, suavemente,
recordará la tierra del sendero
que han pisado tus pasos tantas veces
y en donde serás polvo algún día.

VIDA PERDURABLE

«y para el amante hay otra vida perdurable».

J. C. F. HÖLDERLIN

Tu prodigiosa hierba nos salva de la muerte.
Por saberlo, aspiramos cada día
su aroma secular donado por los dioses
en orbe primigenio y perdurable.
Las almas no se inquietan: las protege
la certeza heredada de otra vida.
El amor es espuma que se salva
en ese más allá o mar inmóvil.
Es refugio sin culpa que han ganado
o ganarán aún los que se amen
con amor verdadero y luminoso
que no todos merecen ni procuran.

El tiempo irá pasando... En sus crisoles áureos
madurará el amor con sus espigas:
la dulce primavera alcanzará veranos,

otoñal resplandor que los inviernos
no apagarán jamás con fría nieve.
Conquistará la savia poderosa
ese reino profundo que a la muerte
ha vencido con luz que no se extingue:
la cálida tinebla transparece
el melódico amor que no se pierde.
No apariencia falaz de un vago espectro,
es forma perdurable del espíritu.

Sensíbles y seguros, los amantes transviven.
Las grandes almas tiernas y sus más dulces nombres,
melodiosas, trasvagan por un país sin tiempo,
sin aire que conturbe final postrimería.

FINAL

JUEGO

Con el «tú» has jugado y el «nosotros»,
con el «yo» del presente, del pasado,
con los tiempos y acciones: se adelantan,
retroceden, esperan o se duermen
debajo del silencio. Reconforta
el múltiple vivir y sus trasfondos:
el poema conjuga sus verdades
con otra realidad que de la sombra
liberta lo confuso y ya disuelve
los sofismas del sueño y de la duda.

EL CARTAPACIO

El cartapacio pliegas... Diotima, tus edades
han pasado ante ti... ¿Con rostros sigilosos?
¿Transparentes y claros? ¿Superpuestos? ¿Esquivos?
¿Con andadura triste, pausada, temerosa
de que se acabe el tiempo, el papel en que escribes?

Los desdoblados días, resumiendo sus horas,
¿se adensan? ¿palidecen, gastados, en tu espejo?
¿O con nuevo vigor revives lo que has sido,
las fatigas, las penas, los gozosos instantes?
¿Revibra el corazón o, glacial, se extenúa?

Si repasas las hojas —los versos— que has escrito,
reencuentras tu pasado. ¿Es un nuevo presente?
No son nubes ligeras los actos ni las cosas,
ni tampoco los seres que te amaron o amaste:
se inscriben en un cielo con grabada escritura.

Y los gestos humanos, bienvenidas, adioses
—delicada materia de los viejos recuerdos—,
se enlazan, se adivinan, misteriosos y nobles.
El placer y el dolor han hallado palabras
en donde se acrecientan o, vivos, se guarecen.

Las aciagas esperas, los desdenes, fructíferos
amores se reúnen en la dulce velada
que al recordar transcurre: su oro pálido brilla,
envejecido apenas por años y distancias.
Su sucesión anima la estofa del recuerdo.

Inabordable, a veces, un movimiento claro
avanza para verte: reencuentras el gesto
de tu esquivez altiva que se escapaba entonces
a los adentros tuyos, informulado anhelo.
El bien perdido hallas en la memoria nueva.

No hay ficción, no hay engaño, en la vívida página.
Cada rostro se mira por detrás del azogue
del tiempo, cada mano y todas las preguntas
que acosaron tus días, tus noches desveladas.
En este cartapacio, Diotima, te retratas.

CIRCULO FINAL

Los cuatro tiempos cierran ya su círculo,
la órbita indivisa de una vida.
El memorial se acaba o se detiene
en el punto final que así lo sella.

Los nombres se intervalen, se confunden
en único existir. Si sobreviven,
se implicarán exactos, contenidos
en un mismo interior de claras sílabas.

Cuando llegue la muerte, se irán juntos
al trasaire celeste y a la tierra,
disuelta ya la escoria del sonido.

Asume el *alter ego* a la persona
y es idéntico al alma que transvive:
cuando firmas Diotima, firmas Concha.

OBRAS DE CONCHA ZARDOYA

POESÍA:

Pájaros del Nuevo Mundo. Madrid, Adonais, 1946.

Dominio del llanto (Accésit del Premio Adonais, 1947). Madrid, Adonais, 1947.

La hermosura sencilla. Madrid-Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1953.

Los signos (Accésit del Premio Ifach, 1952). Alicante, Colección Ifach, 1954.

El desterrado ensueño. Madrid-Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1955.

Mirar al cielo es tu condena (Homenaje a Miguel Angel). Madrid, Insula, 1957.

La casa deshabitada. Madrid, Insula, 1959.

Debajo de la luz (Premio Boscán, 1955). Barcelona, Instituto de Estudios Hispánicos, 1959.

Elegías. Caracas, Lírica Hispana, 1961.

Corral de vivos y muertos (Poemas para españoles). Buenos Aires, Losada, 1965.

Donde el tiempo resbala: Romancero de Bélgica. Montevideo, Cuadernos de Julio Herrera y Reissig, 1966.

Hondo Sur. Barcelona, El Bardo, 1968.

Los engaños de Tremont. Madrid, Colección Agora, Alfaguara, 1971.

Las hiedras del tiempo. Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.

El corazón y la sombra (Premio Fémina de Poesía, 1975). Madrid, Insula, 1977.

CUENTOS (con el seudónimo «Concha de Salamanca»):

Cuentos del Antiguo Nilo: Las dos Tierras de Hapi. Madrid, Aguilar, 1944.
Historias y leyendas españolas. 6 vols. Madrid, Aguilar (1942-1946).
Historias y leyendas de Ultramar. 6 vols. Madrid, Aguilar (1942-1946).

BIOGRAFÍA, CRÍTICA E HISTORIA LITERARIA:

Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología. Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1955.
Historia de la literatura norteamericana (1607-1950). Con la colaboración de Carmen Iglesias. Barcelona, Labor, 1956.
Poesía española contemporánea. Estudios temáticos y estilísticos. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1961.
Verdad, belleza y expresión (Letras anglo-americanas). Barcelona-Buenos Aires , E. D. H. A. S. A., 1967.
Poesía española del 98 y del 27. Estudios temáticos y estilísticos. Madrid, Editorial Gredos, 1968.
Poesía española del siglo XX. 4 vols. Madrid, Editorial Gredos, 1974.

EDICIONES CON PRÓLOGO, COMENTARIOS Y NOTAS:

Gil Vicente: *Teatro y poesía.* Madrid, Aguilar, 1946.
Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana.* Madrid, Aguilar, 1946.

TRADUCCIONES:

Walt Whitman: *Cantando a la primavera* (con un prólogo). Madrid, Adonais, 1945.

Walt Whitman: *Obras escogidas* (ensayo biográfico-crítico, versión, notas y bibliografía). Madrid, Aguilar, 1946.

Charles Morgan: *Imágenes en un espejo,* II. Barcelona, José Janés, 1949.

COLABORACIÓN EN OBRA COLECTIVA:

Diccionario del mundo clásico. 2 vols. Barcelona, Labor, 1954.

DIOTIMA Y SUS EDADES es una Autobiografía en cuatro tiempos: 1) Infancia. 2) Adolescencia y juventud. 3) Madurez. 4) Edad última. Un poema-prólogo —«La edad y la memoria»— precede a estas cuatro secciones, cerradas por un Final o síntesis retrospectiva. Los poemas de cada una de estas partes recogen recuerdos —memorias o ensoñaciones— de experiencias vividas en el transcurso del tiempo: personas, lugares, acontecimientos, quehaceres, lecturas, meditaciones, etc., se entretejen o se contrastan en estos versos que han procurado no extremar la vena subjetiva —aún en etapas de honda pasión o duelo— con el consciente propósito de *universalizar su contenido*. Este repaso existencial deja «traslucir», en su trasfondo, la época que ha correspondido vivir a su autora. Este «fondo histórico» objetiva en un «nosotros» —dentro de un todo coherente— la vivencia personal e individual que puede haber sido también la de otros pocos o muchos. La «protagonista» va siendo dibujada por sus ideas, acciones y sentimientos —poetizados por la distancia temporal—, desde un soñado prenacer hasta una seria meditación sobre la premuerte y la transvida.

Diotima aspira a compartir su intimidad —y su autoanálisis— con el lector posible. El diálogo —tácito o expreso— crea una relación de proximidad anímica y de participación vivencial. Su «protagonismo» es también testimonio de circunstancias nacionales e internacionales. El aquí y el allí, el ahora, el ayer y el siempre se entrelazan vital y poéticamente en una trama de sostenido lirismo huma-

no (interpretado como una huida de lo prosaico pero no de la realidad.)

La expresión, en un anhelo de comunicación directa, ha procurado la sencillez y la claridad, dentro del misterio que contiene la creación poética, sin que se enmascare en ningún hermetismo, críptico o indescifrable.

En cuanto a la forma, prevalece cierto rigor métrico, como consciente «criba» de excesos verbales, imprecisiones y redundancias. Este rigor «favorece» también la intensificación idiomática y la profundidad expresiva de conceptos y abstracciones simbólicas. El verso blanco, sin embargo, liberta al poema de la anticuada e inoperante rima clásica y lo sitúa en un plano de vigente modernidad Las estrofas se devanan sin el «mecanismo» —si se excluyen las casuales— de asonancias y el sonsonete aconsonantado.

DIOTIMA Y SUS EDADES representa para su autora no sólo un autoexamen biográfico, una mirada retrospectiva, sino la memoria indivisa de su largo vivir, el reencuentro con seres amados ya perdidos y con autores dilectos. Es, naturalmente, una biografía incompleta porque no está en ella ni todo lo vivido ni todo lo soñado hasta hoy. Esta Diotima —no la de Sócrates ni la de Hölderlin— se identifica poéticamente con quien ha escrito estos versos.

DIOTIMA es uno de esos libros que por sí solo justifican a un autor. Es una lección de vida; de vitalísimos ritmos internos. Está lleno de asimilación y de propuesta. Es un libro para aprender a vivir.

RESURGIMIENTO/LIBROS

Otros títulos de la colección:

LA MANDRÁGORA,

Gabriel García-Badell

EL CÁNTICO MATERIAL Y ESPIRITUAL DE CÉSAR VALLEJO,

Víctor Fuentes

LAS CALLES,

Félix Grande

AL

DIOTIMA es uno de esos libros que por sí solo justifican a un autor. Es una lección de vida; de vitalísimos ritmos internos. Está lleno de asimilación y de propuesta. Es un libro para aprender a vivir.

RESURGIMIENTO/LIBROS